



**LOS HOMBRES  
NO LLORAN**  
Y OTROS CUENTOS

## Índice

|    |                            |
|----|----------------------------|
| 01 | Índice                     |
| 02 | Nuevos días                |
| 06 | Los ojos del desierto      |
| 09 | Huérfanos                  |
| 17 | ¿El por qué...?            |
| 20 | Marianita                  |
| 24 | Don Arístides              |
| 28 | En la oficina treinta      |
| 34 | Los hombres no lloran      |
| 47 | Ciudadana                  |
| 50 | Oscuridad                  |
| 53 | La doncella de Lullaillaco |
| 56 | Ferreñafe                  |
| 60 | Mono blanco                |
| 63 | El señor de Muruhuay       |



# Nuevos días

Nuevos *días*

## **Nuevos Días**

Calle Portugal 145. A pesar de la mañana nublada fue fácil encontrar la dirección. Me apresuro a pagar lo convenido con el señor del taxi, y vuelvo mi atención hacia el maletín azul y la bolsa de tela que llevó conmigo. Es un barrio antiguo de Lima; la puerta se encuentra después de un pequeño patio con rejas. Quiero llamar, porque solo hay los restos de lo que pudo ser un timbre en un tiempo lejano.

Como respondiendo a mi deseo se abre la puerta y aparece un muchacho de mi edad; puedo intuir que se trata de un estudiante: lleva mochila y una botella de agua. Me mira con cierto fastidio.

—¿A quién buscas? —me pregunta.

—A la señora... —busco aturdido su nombre en uno de mis bolsillos—. La señora Robles.

—Violeta Robles —afirma el joven, sin ganas de perder más tiempo, y enseguida llama al interior de la casa—: ¡Señor Julio!, lo buscan.

—¿Julio? —murmuro.

—Don Julio es el marido de la dueña. ¿Estás buscando cuarto?

—Sí, me han reservado uno.

—¡Ah!, tu eres el de Chanchamayo, dijeron que vendrías por la noche... el cuarto lo vas a compartir conmigo, me llamo Jaime...

No esperaba tener un desconocido como compañero de cuarto. Jaime se ve muy dueño de sí mismo, pero con pocas ganas de hacer amigos; espero llevarme bien con él. Una voz responde del fondo del pasadizo con cuartos a los costados. El joven sigue su camino y me dice sin interés:

—¡Oye!, he dejado ropa tirada, acomódate en tu lado.

—Está bien —le contesto—. Me llamo José Tirado.

Estoy seguro que Jaime no me escuchó. Sale con prisa, levantándose el cuello de su casaca.

Julio era un hombre gordo de unos treinta y cinco años. Tenía un aspecto descuidado y llevaba un bigote fino que le enmarca los labios.

Luego de las indicaciones, que apenas logré escuchar, me dirigí al cuartito indicado. Era pequeño, de ocho por cinco pasos, entraban en él a las justas dos tarimas de una plaza y una mesa; sobre el respaldo de las camas dos armarios, que hacían las veces de ropero. Efectivamente, al entrar tuve que recoger las ropas tiradas y soportar el tufo a humedad, mezclado con el olor de sudor.

Ese momento lo recuerdo. Es el instante en el que quieres salir corriendo y regresar a tu casa; sientes ganas de llorar y a la vez te das cuenta que no tienes otra alternativa que seguir adelante.

Escucho un taconeo apurado y la voz de una mujer. Me doy cuenta que son pasos enérgicos y su voz suena con fuerza.

—Treinta soles es suficiente.

—¡Eso no alcanza!, no se comprará carne —grita don Julio desde el cuarto.

—Cómo a mí me alcanza...

—¡Entonces ve tú a comprar!

—¡Y tú vete a trabajar! —concluye la mujer.

Nuevamente los tacones furiosos, golpes de puertas, sonido de platos. Yo solo atino a seguir sentado al filo de la tarima.

—¡Joven José!, ¿tomó desayuno? —me pregunta la mujer—. El desayuno se sirve de seis a ocho.

Son las ocho y cuarto. Salgo del cuarto, escucho la voz, entro al comedor de la casa, ahí está, Violeta Robles, la dueña de la pensión, tal vez de unos cuarenta y cinco años. Luce grande, lleva un vestido ajustado, que evidencia su sobrepeso, una cabellera aleonada totalmente rizada y voluminosa, una mirada fuerte, enmarcada en unos anteojos pequeños y alargados, de esos que terminan en punta plateada. Me doy cuenta de que la imagen que tenía de ella era diferente: señora menudita, suave, como mi madre, callada, con cabello corto y de pasos ligeros.

Violeta Robles pone un tazón de avena y dos panes con mantequilla frente a mí. Ahí me doy cuenta de que mi vida ha cambiado.

En los siguientes días pasaron muchas cosas: conocí la universidad, me hice amigo de Jaime. El venía de Chiclayo: había postulado, pero no logró entrar, por unos puntos. Me contaba historias y aventuras, muchas exageradas. Una de ellas era la de ser el amante de una mujer casada, que era una mujer muy rica, “una madurita”, me decía. Todos los días, me contaba cuentos diferentes: unos días era la dueña de una tienda, otras veces era una alta ejecutiva, otros era una funcionaria de gobierno; yo solo escuchaba, sentía que era la mejor forma de llevarme con él.

Una noche Jaime regresó más temprano de lo acostumbrado. Estaba en su cama vestido y con una revista sobre su pecho, mirando las vigas del cuarto.

—¿Ya comiste? —me preguntó.

Le respondí que no. Me di cuenta que estaba preocupado:

—¿Qué te pasa?, no has encontrado a tu madurita —le dije.

—¡No!, ya la mandé a rodar, ¡ya fue! —me contestó, dándose la vuelta.

Cuando ya el silencio estaba en el ambiente, escuché un golpe en el cuarto del fondo, luego una discusión, insultos, objetos que se rompían y, poco a poco, con tono más fuerte: ¡Mantenido! ¡Vieja prostituta! ¡Ladrón! ¡Drogadicto! ¡Viciosa! Más golpes y más gritos. Me senté en el filo de la cama, sin saber qué hacer. Jaime que estaba hundido en su cama, había envuelto su cabeza con el almohadón para no escuchar, y, a pesar de los gritos, me pareció oír que emitía un gemido.

Abrí la puerta del cuarto y la pelea ahora era en la calle. Sentí una sensación de desamparo, de no saber qué hacer. Voces, reflejos de luces, un patrullero, la voz de don Julio vociferando.

—¿Por qué me detienen? Ella es una ¡puta!, tiene otro marido.

Al día siguiente Jaime se levantó muy temprano y se puso a recoger sus cosas en una pequeña maleta. Lucía pálido y me pareció más delgado de lo que era. Entre dientes me dijo:

—Lárgate de aquí, mientras puedas.

—¿A dónde voy?

—Donde no te hagan la pendejada, aquí si no te avivas... ¡mueres!

Esa mañana, temeroso me acerqué a tomar el desayuno.

—Buenos días, Pepito —salió a mi encuentro doña Violeta, muy bien puesta y alegre como si no hubiera pasado nada. Me invitó a sentarme, cantando a toda voz—: Jamás te dejaré. Jamás, por nada, aunque digas lo que digas, aunque hagas lo que hagas... ¿Qué vas a querer Pepito? —me preguntó desde la puerta con un tono casi sensual y fuera de lo común.

Yo no respondí. Tan solo me pregunté: ¿Van a cambiar las cosas para mí?, o solo tengo que avivarme.





# Los Ojos del desierto

Los Ojos del *desierto*

## **Los ojos del desierto**

¿Alguna vez has recorrido un desierto?

Voy a contarles que a mí muchas veces me ha tocado viajar a través de uno. Solo se mira un paisaje único. Llega a ser aburrido cuando el sol golpea al asfalto. Pero este viaje no es igual a otros, las distancias se estiran y con los tiempos enlentecidos me detengo a observar las dunas, y sus figuras caprichosas, algunas en punta, otras cóncavas, onduladas, como ondas rítmicas de una belleza extraña, mínima.

El desierto empieza a llamar mi atención cuando advierto unos matorrales de plantas del color de la arena, que se ponen como pelucas o crestas y dan sin querer una sugestiva personalidad a cada duna.

De estar solo en el viaje empiezo a percibir la incomodidad de ser observado. Miro a mi alrededor: una pareja de jóvenes que apoyados entre sí, duermen plácidamente; dos niños juegan con aviones imaginarios. Uno que otro pasajero duerme la siesta. Trato de hacer lo mismo, dejo caer los párpados, y apoyo mis manos en el respaldo del asiento delantero, para relajarme y descansar, pero la sensación de ser observado se mantiene.

Como si quisiera sorprender a alguien, abro los ojos y giro rápidamente mi cabeza hacia las ventanas del bus. Me encuentro con las dunas, que ahora tienen ojos redondos y muy abiertos, con maleza abundante, que parecen cabelleras: algunas cortas, otras largas, o reacias al peinado. Veo dunas que salen o se esconden en el horizonte, me miran, se burlan, unas molestas, otras sorprendidas, otras miran de reojo como queriendo decirme algo. Sus miradas, van quedando atrás ante la marcha del bus. Desaparecen y luego otras vuelven a aparecer: siempre buscan comunicar una expresión. Sin darme cuenta una duna del desierto pega sus ojos frente a mi ventana.

—¿Pero qué haces? —digo sorprendido.

Sin dar ninguna respuesta, la duna fija las pupilas de sus ojos en los míos, como si tuviera la intención de entrar en mi pensamiento. Se mantiene inmóvil. Quiero dejar de mirarla, taparme la cara, cambiarme de asiento, pero el agotamiento invade mi cuerpo y la duna sigue sosteniendo su mirada acusadora, que me incrimina. Una presión irresistible en el pecho me hace reclamar furioso:

—¡No me mires así!

Temo ser escuchado por el resto de pasajeros. Necesito terminar esta situación.

—¡Basta ya!, yo no tengo la culpa —añado.

Trato de desviar la mirada, pero esta se mantiene firme. Rendido y cansado de tantos ojos puestos en mí, reconozco un sentimiento que me perturba:

“Los dos somos culpables, siento mucho haberle levantado la mano”, me digo.

Luego me hundo sobre el asiento, me deslizo hacia abajo, con el propósito de rehuir la mirada de la duna, pero luego siento los ojos de dos y tres y... todas sobre mí.

—Está bien, ambos somos responsables, pero me duele que me crean culpable. Disculpa, ¡lo sé! —grito.



—¿Qué pasa? ¿Está bien? —me reclama una señora que ocupa el asiento delantero. Me doy cuenta que la intención de alejar a las dunas y a sus ojos inquisidores me hizo gritar y empujar el asiento de adelante.

—Perdone, señora... me quedé dormido —le digo justificándome.

—¡Ajá! —responde, no sé si comprensiva o molesta.

Cierro los ojos y me pongo a pensar en el final de mi viaje. Decido no mirar el desierto, ni las dunas, ni sus miradas. Pero nuevamente están ahí con su presencia: ahora su paisaje se vuelve más apacible, casi no existen líneas onduladas, solo el desierto y un suave serpentear de la arena.

Las horas pasan. El sol del crepúsculo cae suavemente en la carretera y refleja la sombra del bus, de pronto la delicadeza del paisaje me recuerda la sabanita blanca de la cuna de mi hija, y al mirar la suave línea del desierto me doy cuenta que hay dos ojitos tiernos, chinitos, que aparecen entre la arena como levantando la sábana y que me miran fijamente; esta vez sonrió y no huyo de la mirada, sino que, por el contrario la disfruto.

Aparecen las luces de la ciudad, estoy por llegar a mi destino. Busco en el bolsillo de mi maletín el celular, y me alegra poder llamar.

—¡Aló, Sonia!, ¿cómo estás?... sí, ya estoy llegando... lo siento, de veras... me ofusqué, debemos hablar con tranquilidad... busquemos las palabras.

Siento alivio y tranquilidad gracias a las palabras. El desierto queda atrás aunque siempre recuerdo sus ojos:

—Solo estaré tres días, es un negocio sencillo. ¿Cómo está mi Adelita? Dale un besito de su papá... ¡Sonia!, hay un mar de razones para quererte. Sin ti, mi vida es un desierto.



# Huérfa nos

Huérfanos

## **Huérfanos**

Los viajes siempre me producen cansancio. A ello se suma el calor, el tiempo que se enlentece, el ruido del motor del bote con “peque peque”, que se abre en las aguas del río que surca la Amazonía y que dice cualquier cosa menos: “peque peque peque”, como es el decir de los nativos. Tengo los ojos cerrados y trato de pensar en aquello que me inspira seguridad: un aula, una oficina, la ciudad, el ser centro de atención.

Como disfrutaría de un baño y una bebida helada, aunque eso entrañe un alejamiento a mi vena popular, pero lo pienso, no lo digo. Sigo imaginando una cama cómoda, temperatura agradable, no este calor mortal en cuerpo pesado, que se resiste a la posición que impone el espacio. Me doy cuenta que son cuatro horas viajando. ¡Ya quiero llegar!

El sonido del “peque peque”, me hace dar cuenta que estamos pronto a llegar: se deja de acelerar y se busca la posición adecuada para entrar al puerto donde observo que hay ya tres canoas. Veo el paisaje conocido de la comunidad, mientras el bote entra en el acostumbrado ritual de ponerse en una sola dirección.

Este movimiento, el de manejar contra corriente y controlar la fuerza, es la destreza que un motorista como don Roberto, conoce muy bien. Pienso que es más fácil estacionar un auto, que entrar en el embarcadero de un río.

Me coloco las botas de hule para desembarcar. Hace unos años era más difícil para mí embarcar que desembarcar, pero ahora me doy cuenta que en ambas tengo la misma dificultad porque pierdo el equilibrio y es notoria mi poca destreza para manejarme en el río. Los niños y los hombres amazónicos saben muy bien dónde colocar los pies y el peso de su cuerpo, mientras los costeños y serranos como yo, hacemos que nuestra inseguridad se vea como torpeza.

Una vez en la orilla, la preocupación del viaje queda atrás. Ahora es momento de pensar en el motivo de la invitación que me ha permitido regresar después de un tiempo a esta comunidad de San Fernando.

La comunidad está ubicada a la orilla del río. Es pequeña y parece vacía. Sus casitas, silenciosas en el horizonte, están dispersas, pero dentro del radio de un bosque que aparece como un telón de fondo, con matices claros y oscuros. Apenas se ven gallinas y uno que otro perro que camina entre las casas. Apenas puedo ver a unos niños que juegan distraídos bajo el emponado de una casa.

De verdad me sorprende el silencio. Yo esperaba una bienvenida, pero nadie sale, ni siquiera por curiosidad, al escuchar el sonido del “peque peque”. Don Roberto

me dice como si adivinara mis pensamientos:

- Están en sus chacras... dejemos el equipaje donde Santos.
- Está bien. Ahí esperaremos y ya nos dirán dónde quedarnos.
- Ya más tarde bajaré el motor, con alguien que me ayude.
- Correcto, conmigo no cuentas —comento con sarcasmo para aliviar tensión.
- Ajá —responde Roberto, sin darse cuenta de mi intención.

Las tardes en la selva son agobiantes, el sol quema, siento en falta la brisa del río.

—Uuuuuuhhh —don Roberto llama, imitando el estilo de como lo hacen en la zona—. ¡Doña Santuza!

Roberto entra en la vivienda, acomoda el tanque de combustible, toma asiento y con la tranquilidad de quien llega a su destino dice:

- Pase, ingeniero Mauro, descanse.
- Gracias, Roberto... como en tu casa —digo con ironía.
- Doña Santuza, buenas tardes, ¿de dónde pues vienes? —pregunta Roberto.
- De la chacra, don Rosho, ¿cómo le va? —la mujer deja caer un canasto con yuca pelada y dice amable—: Voy a preparar masato.

—El ingeniero Mauro viene a la reunión.  
—¿Ingeniero cómo está? —dice Santuza mientras busca un trapo para secarse el sudor—. El teniente con el Apu comunicaron que usted venía. No demoran en venir, los dejé en su chacra. ¿Le sirvo un masatito don Rosho?

- Gracias, ¿ingeniero toma masato? —me pregunta Roberto.
- Si un poquito, gracias doña Santos —le digo y recién siento que me acogen.

Siento un cansancio inexplicable, es el calor, es el no saber cómo va a continuar el día; hace mucho tiempo que no venía a la comunidad. Tengo el recuerdo de hace algunos años, exactamente igual, solo con un calor más sofocante. ¿Es el calentamiento? o ¿es que con los años tengo menos tolerancia?

Tomo el masato y calmo mi sed: lo siento fresco y agradable. Entonces escucho la conversación entre Santuza y el motorista.

—Los jóvenes ya no están aquí —afirma la mujer—. Se han ido a la “madereada”, y después que ganan su plata ya no quieren volver a la comunidad, se van como peones a la ciudad.

Santos es una mujer de unos cuarenta años, pero parece mayor, como todas las mujeres en la Amazonía. Es delgada, su rostro alargado refleja el paso de los años, del maltrato de la vida, y el sol. Lleva un polo blanco donde resaltan las letras grandes de una anterior campaña electoral. Dice: “Nosotros podemos”, aunque el polo luce percutido. Santuza se sienta en una piedra que le sirve de banco y también es parte de la cocina, sostiene en sus manos la mocahua con masato.

Roberto empieza el interrogatorio para identificar a sus conocidos, ¿quiénes se fueron y quiénes se quedaron? Doña Santos al recibir la mocahua vacía de masato, sin responder a Roberto se dirige a mí y me dice:

—De usted, ingeniero sí me acuerdo, hace como dos años que estuvo aquí, ¿verdad?

—Sí, dos años... y ¿qué fue de su muchacho? ¿Tito?, estaba en la primaria.

—Se fue, dice que al ejército... —me responde triste.

—Tendrá unos quince años.

—Ajá, vinieron unos primos y se lo llevaron. No sé nada de él. Estará bien.

—Ahí viene el teniente —dice Roberto.

En el fondo del camino que se pierde en el monte vemos a un hombre mayor. Delante de él camina un perro flaco de patas largas. De pronto, veo que el animal emprende la carrera, dejando atrás al teniente. Nunca he sido muy comprensivo con los perros, pero, más rápido que mis pensamientos, lo siento sobre mí, salta, da vueltas, me huele, mordisquea suavemente mi pantalón y mueve exageradamente la cola.

—¡Huachitirro! —lo llama sorprendido el teniente—. Ingeniero, ¡qué perro este!, ¿cómo lo ha reconocido?

—¿Huachitirro? —pregunto.

—Después de tiempo, lo reconoce —afirma el teniente.

¡Huachitirro!, no salgo de mi sorpresa: era una muestra de afecto que no esperaba. Es un gesto que todos admiran, el animal recibe aplausos. Me veo tonto, abrumado por estas expresiones, que seguro delatan mi desconcierto y hacen que el teniente me explique:

—Cuándo usted vino para hacer el plano, Huachitirro estaba cachorrito, su madre fue La Gringa, que era una perra muy mala, había parido seis cachorritos y un día le mordió la víbora, ¿recuerda? Usted les trajo la vacuna a las crías, pero solo el Huachitirro sobrevivió, todos murieron con el palmo virus.

—Sí recuerdo, era chiquito y feo... recuerdo que lo llevé al cuarto donde dormía, pero en la noche no me dejó dormir, hasta que lo puse en mi cama. Claro que lo recuerdo.

—Así es ingeniero, ¡ayayay!, cuando usted partió, en la orilla del río se pasó días, después no sé cómo empezó a seguirme, y desde ahí no me deja.

—¡Ah seguro!, que ahora se va con usted —sentenció doña Santos.

Después de esa historia sentí que mi corazón daba un vuelco, así como si de pronto encontraras algo tuyo, que no sabes que has perdido. Es sorprendente que lo encuentres, sin nunca haberlo buscado. Huachiturro. No pregunté el por qué del nombre. Había un grupo argentino de salsa que se escuchaba en la radio que se hacían llamar Los Huachiturros. En la jerga “huacho” o “wachi” significaba huérfano y “turro” dicen los argentinos que es “inútil”. Deduje que me había encontrado con Huachiturro, un “huérfano inútil”. De esta forma, mi viaje se había convertido de una visita técnica, a ser una de reencuentros.

—Esta noche usted se quedará en la habitación del botiquín, está libre... ya no tenemos medicinas ni tampoco hay promotor, la han limpiado —me dice el teniente.

—¿Qué fue del promotor de salud? —preguntó Roberto.

—Ya no está, se fue a sacar madera para la empresa.

Todo el mundo se va, pensé, pero no quería profundizar en el hecho, aun así el teniente comentó:

—Todos están en la “madereada”, por eso lo hemos llamado, ingeniero.

—Sí, recibí la carta don Ramón, ya me explicará.

—Vamos a que se acomode en su cuarto, luego esperamos que venga la gentecita de la chacra y nos reunimos.

—Está bien.

Recogí mi mochila, bajé del emponado. Huachiturro se colocó delante del grupo y como si encabezara la comitiva, siguió el camino hacia el botiquín. No dejaba de mirarlo y trataba de acordarme de aquella bolita de perro, que hacía unos años vi enfermo y moribundo. Ahora era un perro flaco de piernas largas y hocico en punta, con orejas muy paradas, como si estuvieran siempre alertas. Pero en este momento hacía el papel de todo un jefe de desfile y no dejaba de caminar muy orgulloso. Me recorrió un sentimiento grande de cariño y me sentí protegido por ese huerfanito que me quería tanto.

Más tarde en un descuidado salón de clase, con unas cuantas sillas destartaladas y dos bancas prestadas de un vecino, además de una mesa y una pequeña silla desde donde presidí la reunión, escuché a los comuneros. Ellos sentados en media luna para exponer sus ideas. Como era de esperar, en el centro del ruedo



estaba Huachituro, con sus patas delanteras cruzadas con mucha clase, mientras que su cabeza y hocico prominente reposaban en el piso; ningún otro perro había podido entrar, todos tuvieron que quedarse afuera del salón, era la noche de mi huerfanito.

Esta situación entre Huachituro y yo, quería comentarla a alguien, pero a nadie parecía interesarle este reencuentro; por eso, hoy, al escribirlo lo hago como un callado homenaje a mi pequeño huérfano inútil, Huachituro.

—Ingeniero, usted nos ayudó con el plano de la comunidad —intervino el Apu.

—Así es, en esa ocasión definimos el tipo de terrenos que teníamos y también los bosques primarios.

—Queríamos, ingeniero, que nos aclare. ¿Qué cosa hemos hecho mal? Con los documentos que nos dejaste, fuimos donde las autoridades e hicimos las gestiones, y nos dieron el título.

—Está bien.

—Pero un día el Rogelio con sus hijos llegaron a decirnos que la empresa MADESA, quería reunirse con nosotros, que nos ofrecerían hacernos varias obras.

—Y don Rogelio, ¿dónde está? —pregunté.

—Ya no está, ya vive en la ciudad.

—La empresa había hablado con él, y él les ofreció venderles la madera que teníamos.

—Pero ustedes no tenían bosques para sacar madera, solo tenían algunas especies que están protegidas. Yo se los dije muchas veces.

—Si pues, ingeniero, pero don Rogelio no entendía.

—O no lo quiso entender, y... ¿qué pasó?

—Le aceptamos, pero nos pedían el plano de la comunidad y el título... se los dimos.

—Luego la empresa metió a su gente y empezaron a sacar las maderas de nuestras chacras, también la madera del monte alto.

—¡Pero esa zona está protegida! —no pude contener un grito, pues sabía el problema serio que tendrían con las autoridades forestales.

—Ahora nos acusan... dicen que vendimos la madera y tenemos una notificación que hay que pagar por daño a los bosques.

—¡Eso no puede ser! ¿La empresa qué dice?

—Ellos nada, ya salieron y ya están trabajando en otra zona.

—No puede ser ¿y los planos?

—Los tiene la empresa, también el título, todo lo tienen ellos.

—¿Cómo puede ser?

Mi calma acostumbrada había desaparecido. Estaba alterado, me sorprendía el desamparo de la comunidad, los huérfanos que estaban frente a la protección del

Estado. Cualquier empresa podía tomarles el pelo, era evidente que con el título podían hacer cualquier documento falso, autorizando la venta. Huachituro también estaba tan alterado como yo, había levantado la cabeza y ahora miraba a todos lados.

El teniente concluyó:

—Ingeniero, nos estafaron, nos engañaron.

Me doy cuenta que la empresa ha hecho un expediente con información falsa, el estudio que se realizó hace dos años, no les convenía, lo hicieron desaparecer.

El acuerdo final de la reunión fue ir a la oficina de la autoridad forestal y explicar lo sucedido mientras que otro grupo de comuneros debía ir a la comunidad de Esperanza donde ahora está la empresa y advertir a sus autoridades del peligro que corren.

—Hay que alertar a las comunidades —concluyó el Apu.

—Mañana iremos, ¿usted nos acompaña, ingeniero?

Al terminar la reunión todos nos dirigimos a la casa de un comunero situada a un extremo de la comunidad para tomar una merienda. Yo evitaba el masato, porque sabía las consecuencias estomacales que podía traer si se lo tomaba de noche. Un pescado a la hoja, unos inguiris y una bebida de cocona, eran suficiente.

Cada bocado de pescado que comía, pensaba en Huachituro que desde la puerta me miraba con cierta ansiedad; comía, pero no dejaba de sentir la culpa de quien tiene que comer. Pedir que le den algo al Huachituro me sonaba ridículo, amor de un día. Guardé en una hoja bijao un resto de pescado que envolví con cuidado y lo puse en mi mochila. Le dije con la mirada a Huachituro “tranquilo, aquí llevo tu ración”. Huachituro lo entendió, bajó la mirada y se acomodó en la puerta, a la espera de que su viejo amigo termine.

Agradecí a todos por la comida y les pedí que me dejaran ir solo a mi cabaña, al paso de mi inseparable amigo. Y como lo prometido es deuda, le serví al voraz Huachituro, un buen pedazo de pescado a la hoja.

Para mis adentros sonreía: pensaba en el desconcierto de los anfitriones. “Uy, el ingeniero estaba de hambre, hasta la hoja de bijao se ha comido”.

El cansancio del viaje, la preocupación del nuevo día, me impedían conciliar el sueño. Solo después de un rato donde me pareció que se fundían los pensamientos,

caí en un adormecimiento intranquilo, escuché ladridos, luego los ladridos encolerizados de Huachitirro. Luego de un silencio, otra vez los ladridos de Huachitirro. “Debe estar corriendo a algún chanco o caballo que se acerca”, me dije.

Luego dos sonidos rontos uno detrás de otro, con breves intervalos. Sorprendido e inmóvil me quedé en la cama, esperando que todo volviera a la normalidad, y Huachitirro dejó de ladrar. Escucho el silencio. En un tiempo que no determino, luego el llamado de Roberto y el de otras voces.

—¡Ingeniero! ¡Ingeniero!

—¿Qué pasa? —me levanté sorprendido.

—¿Está usted bien, ingeniero? —dice Roberto—. ¿Escuchó los disparos? Han habido dos disparos.

Inmediatamente pensé en Huachitirro, mi nuevo amigo, mi nuevo protector, abro la puerta y casi de inmediato escucho:

—¡Ay Dios!, le han disparado al Huachitirro lo han matado.

—¿Cómo puede ser? —pregunté.

—¿Qué ha escuchado usted?

—¿Qué vio? Venían a verlo, ingeniero —dice el teniente.

—¡Desgraciados! —gritó un comunero—. Son esos forajidos, de la otra banda.

—¡Para asustarnos!

Trataba de mirar en la oscuridad el cuerpecito de Huachitirro; habíamos estado juntos, lo escuché ladrar furioso, ¿sabía que me buscaban? Él no dudó en enfrentar a quienes querían asustarnos. ¡Por Dios! ¿Qué está pasando? Solo me queda llorar, ya no me importa que me vean. “Cómo llora el Ingeniero por Huachitirro”, dicen. Es lo único que puedo hacer.

Esa noche a un lado del botiquín, cavamos un hoyo profundo para enterrar a Huachitirro. Ahí se sentirá seguro. “Por lo menos eso te quiero garantizar, querido amigo”, pienso.

—Ingeniero, ha sido una amenaza, no quieren que vayamos mañana... lo entenderíamos si usted decide no ir —me dice el Apu.

—¡No! Ahora estoy convencido que tengo que ir —respondo con seguridad.



# El Porqué

**El *Porqué***

## **El Porqué**

Pensaba que tal vez no era verdad. Abrí los ojos, pero continuaba en ese cuartito oscuro. Me di cuenta que había un silencio que no era el de siempre; me daba vergüenza el ronroneo de mi barriga. ¡Ay, Diosito!, a qué hora se callan mis tripas. Pero nada, mi deseo no se cumplía.

Miré el cuarto y me parecía más grande, pero era la oscuridad. No se podían ver las paredes; pensaba en el gorjeo de los pájaros, el ladrido de los perros, el canto de los gallos y el abaniqueo de Adela para atizar la candela; así era el amanecer en mi casita. Ojalá que hoy me saquen de aquí, decía bajito como tratando de calmar al estómago vacío que había cobrado vida.

De pronto, como el grito de una fiera desconocida, sonó el crujir de unos fierros oxidados. Eran las puertas que se abrían en aquel corralón que hacía de cárcel; al mismo tiempo eran los gritos del cabo Aguirre que era conocido por malo y pendejo:

—¡Carajo!, ¡fuera!, parecen niñas durmiendo, no querrán la leche en su cama...  
Que hombre pa' zonzo, ¿quién va a querer dormir aquí?, pensé, pero no se lo dije.  
Me senté al filo de la cama, busqué con mis pies las chinelas. Era todo mi equipaje, la Adela me las alcanzó al momento en que subí al bote, y por cogerlas no pude ni despedirme de ella.

¿Qué estará haciendo Adela? Seguro que está caminando hacia el distrito para hablar con el alcalde, pero ese era otro grandísimo... nada dice, no le conviene; la empresa le ha pagado para callarse.

Todos nos vamos poniendo uno detrás del otro.

—¡Ya! ¡Ya!, columna de uno, rápido no más —ordena Aguirre.

Es un hombre sin fortuna, no sé por qué se esmera en molestarnos. Delante de mí está Rosho, un muchacho de unos quince años. Ha robado las gallinas de la casa del patrón. Para consolarlo le digo:

—Por lo menos sabes por qué te han traído... y ¿para que querías las gallinas?

—añado.

—Pa' venderlas, quería comprarme un celular.

—¡Ay si serás, Rosho! ¿Para qué quieres un celular si en tu pueblo no hay señal?

—Mi primo ha traído uno bien bonito y me lo quiere vender.

—Bueno, ahora estás bien jodido...

Lo veo y pienso que es como mi hijo y me da pena, porque no sé qué va a ser de él. Yo tampoco sé que va a pasar conmigo. Yo estoy aquí porque dicen que le falté el respeto al juez.

El juez Tenorio es un gordo que camina como si fuera un “marrano”: no levanta sus pies, solo los arrastra; tiene una cabeza grande con un hocico que apenas lo deje respirar; necesita que le ayuden para bajar del bote; dicen que come medio lechón solo en el desayuno.

Así llegó a mi parcela. La Adela lo recibió amable, hasta le ofreció chichita. Mientras el Joshe corre a la chacra para avisarme. Yo estaba sacando leña.

—¡Apura, papá! —me decía ansioso el Joshe—. Es un gordinflón que dice que es el juez.

—¿Y qué quiere, pues?

—No sé, papá, ¡vamos ya!

No me quedó otra que correr. Al llegar a la casa, ahí estaba sentado: su trasero era tan grande que el banquito no se veía, como si se lo hubiera tragado.

—Buenos días, señor Juez —le saludo.

—¿Usted es Rosendo Taqui? —me dice sin mirarme.

—Sí, señor juez, para servirle.

—Tengo aquí una denuncia que dice que usted está “usufructuando” este terreno.

Esa palabrita, cómo resuena en mi cabeza, solo de escucharla ya sabía que era mala. ¡Uy!, cómo me molestó, y qué cara pondría, que el juez se puso a gritar con su vocecita de “chilala de hambre”.

—Este terreno es de don Ángel Puga.

—Pero cómo va a ser, si es mi chacra de toda la vida.

—¿Dónde están los papeles?

—¿Qué papeles?, esta chacra es mía, es como si me preguntara: esta pierna ¿es tuya? o este brazo ¿es tuyo? Yo le diría, no sea usted cojudo, ¡cómo no va a ser mío!, es mi brazo, es mi pierna...

—¡No me faltés el respeto! —me responde muy colérico el juez Tenorio.

—Cómo no va a ser mía la chacra, aquí han sembrado mis abuelos, aquí han nacido mis padres, mis hijos.

—¿Me está gritando? ¡Deténgalo! —le ordena al guardia que se encuentra en el bote.

Así fue como me trajeron. Rosho me mira, ahora con pena y me dice:

—Bueno, a mí encerraron por cogerme las gallinas que no eran mías, pero usted es más zonzó, porque lo han cogido por algo que es suyo.





# Marianita

**Marianita**

## **Marianita**

Es domingo por la tarde, el sol cae con un color rojizo al infinito, las calles empedradas parecen más limpias, una luz dorada le da color a las paredes blanqueadas con cal. Es la hora donde los grillos empiezan el concierto, y como dice mi padre, son como los músicos de pueblo, parecen cantar sin sentido, pero tienen una razón: buscar a su hembra.

Por la esquina de la casa veo a mi madre venir apurada, regresa de casa de Marianita. Cuando mi madre se refiere a ella dice: la señorita. Le ha llevado su ropa limpia, sus vestidos de flores, de esos que le gusta vestir.

Cuentan que Marianita vino de una gran ciudad. Era robusta, muy alta, distinguida, su pelo tenía el color de las espigas de arroz. Algunos dicen que era cantante, otros dicen que bailaba en una cantina, pero yo solo sabía que era mi alegría.

Ya pasé la hora del baño obligatorio. Quedó en el canasto de la ropa sucia la camisa manchada de mango: si vas a comer uno de ellos, no importa ensuciarte la cara, las manos y hasta los pies. Me toca ahora reposar en el quicio de la puerta falsa de la casa, y esperar a mi dulce Marianita, con su caminar ligero y rítmico.

—Pa' ti, pa' mí, pa'ti, pa' mí, pa' ti, pa' mí...

Los muchachos del pueblo marcaban sus pasos con un rumor burlón, ¡ya venía la señorita Mariana Gonzáles de Filemón!, y con ella su taco y punta que iba sacando las piedras de la calle Real. Ahí me quedaba, mirando el ritmo perfecto, sin ninguna equivocación, ni un mal paso. Y casi sin pensarlo, ya estaba sobre mí.

—¡Aquí está mi cachetoncito colorado, qué rico, comiendo su bizcocho — me decía.

Se prendía de mis cachetes, que debían de ser lo bastante grandes, para que con sus manos certeras los tomara y los sacudiera, hasta terminar de decir su frase acostumbrada. Los muchachos mirábamos sus piernas, sus caderas, la veíamos grande, imponente. Sus pechos eran perfectamente redondos. Era distinta a todas las mujeres del pueblo. Y siempre a esa misma hora pasaba con dirección a la misa. Cuando a veces no pasaba, venía sin falta el comentario a la hora de comer.

—¡Marianita no pasó!

—¡Ajá!... dicen que don Juan Auriche llegó.

Aparecía en el rostro de mi padre una sonrisa cómplice, mientras miraba a mi

madre que ponía los platos en la mesa.

—Sí, pues... ¡Ayayay!, la Marianita debe estar contenta.

La Marianita qué contenta está,  
Esta tarde a la misa no llegó.  
La Marianita cantó y a su loro le enseñó,  
¡Ay mi amorrrrr!  
¡Deja mi pierna mi amorrrr!

Mi padre cantaba, mi madre reía, y todos reíamos, pero sin saber el real significado de sus palabras.

Todos queríamos ver a la Marianita cuando pasaba con su vestido de flores, con su bamboleo de caderas, en medio del calor que iba dejando una brisa de alegría. Me gustaba verla, pero me molestaba que pasara frente a mí, y me dijera como una sentencia obligatoria:

—¡Ay mi gordito cachetoncito! ¡Todo coloradito! —y con un solo movimiento tomaba con sus manos regordetas mis cachetes y los sacudía.

Era tan vergonzante esta situación para mí que todavía debía soportar las burlas de mis amigos.

—¡Ay cachetón! ¡cachetón! —me gritaban.

Para remediar esta situación, en las oraciones obligadas de la noche decía en la súplica: “Diosito, que se desaparezcan los cachetes, para que Marianita los busque y no los encuentre, entonces... le muerdo los dedos”.

El regreso de Marianita una vez que concluía la misa no tenía ningún atractivo para mí. Todas las casas del pueblo cerraban sus puertas; mis hermanos corrían para llegar temprano.

—¡Métete rápido cachetón, que ya vienen los montoneros!

Todos corríamos.

Yo nunca vi a los montoneros, pero tenía una visión muy clara de ellos. Eran hombres grandes que montaban caballos blancos y cabalgaban en medio de las calles, tomando a las mujeres y a los niños, sin saber qué hacían con ellos. Eran comandados por don Juan Auriche, hombre fuerte con sombrero de ala grande que llevaba un fusil

terciado en su espalda; siempre vestido de blanco con sus botines de cuero negro.

Nunca supe si los montoneros eran buenos o malos. Mis padres los admiraban, pero les tenían miedo, y no entendía por qué. Cuando se hablaba de ellos podía ver una expresión de esperanza en mis padres, pero al mismo tiempo, se decía que ellos eran los causantes de los problemas con la Guardia Civil.

Don Juan Auriche era hijo de un hacendado. Muy joven se reveló contra su padre y se unió a la revuelta de los campesinos. Asaltaban las bodegas de las haciendas para repartir alimentos a los campesinos que habían quedado desamparados a causa de la sequía que asolaba a los campos de arroz.

Una mañana, muchas mujeres del pueblo entraron al patio de mi casa y se pusieron a llorar. Mi madre también lloraba y gritaba, como nunca la había visto hacerlo. Los hombres gritaban los detalles de la muerte:

—¡Ha muerto don Juan Auriche! ¡Lo han matado!

—La guardia lo esperaba por la compuerta... le han perforado el pecho... lo han arrastrado.

—Lo han dejado en una acequia, como si fuera un perro callejero.

De pronto, entre los gritos alguien dijo:

—¡Pobre la Marianita! ¡Pobre de ella! ¡Ay, Marianita!

Las mujeres salieron corriendo a la casa de la higuera donde vivía Marianita.

Unas llevaban jarros de porcelana tapados con manteles blancos; entraban y salían de la casa. Algunas lloraban, otras suspiraban. Yo no entendía qué pasaba, solo sentía la necesidad de ver a mi Marianita, de abrazarla, pero nunca más la vi.

Desde ese día, me sentaba en el portón de la casa y mi mirada se perdía en la calle que ahora lucía sola, silenciosa, a la espera del paso de los vestidos floreados de la Marianita. Los niños se acercaban a las ventanas que nunca más se abrieron. Todos esperábamos escucharla cantar y a su loro responder, pero todo era silencio.

Yo seguí sentándome por la tarde: inflaba y desinflaba mis cachetes para asegurarme que se mantuvieran en su sitio. Tenía la esperanza de que un día Marianita volviera a pasar.

—¡Pasa, Marianita!, prometo que no te morderé los dedos.



# Don Arístides

**Don *Arístides***



## **Don Arístides**

Horas de viaje definen el cansancio y la poca disposición para admirar el paisaje, sobre todo cuando los kilómetros pasan con el mismo color amarillento de parcelas ya secas, tierra agrietada y montículos de pajilla apilada, por máquinas segadoras de arroz.

Regreso a mi pueblo después de dieciocho años. Parece que este se ha detenido en el tiempo, con un crecimiento de habitantes que no respetó su antigüedad, sino que los empujó a salir y abandonar el pueblo. El olvido.

Me pregunto: ¿Cómo se llegó a esta situación? No lo sé, pero empecé a darme cuenta cuando don Arístides abría su vieja ventana de reja de hierro fundido; arquitectura y comodidad propia de las grandes casas de los hacendados. En los años de florecimiento les permitía a las damas y a los ancianos “bien”, sentarse para observar el paso de la gente, o tal vez para que la población pudiera ver sus frescas ropas de encaje, y los muebles de caoba delicadamente tallados.

Pero no era el caso de don Arístides. Él era un anciano de ocho décadas muy mal llevadas, por la pobreza y la poca cordura. Solo le quedaba el balcón de la casa de hacendado, mientras que la fachada lucía vieja y deteriorada: su color original se había perdido.

Como quien prepara el escenario para la puesta en escena del día, a las cinco de la tarde, el anciano abría la ventana, sacaba su sillita de madera redonda con su viejo respaldar tejido en mimbre y su asiento de cuero gastado; escondido entre bastidores se acomodaba el saquito, que algún tiempo atrás había sido blanco y distinguido.

En ese momento aparecían por la calle empedrada los agricultores, los más jóvenes en bicicletas, los demás en sus burros de paso ligero, cargados con su saca de yuca o camote, algunos con una raquílica cabeza de plátano, pero siempre con grandes tercios de leña. Era cuando don Arístides tornaba su expresión de viejito cansado y apacible, a un personaje colérico, iracundo, que destilaba fuego en su mirada, dando inicio a su letanía:

—¡Arroz! ¡Arroz! ¡Mierda pa' vos! Solo basura traen del monte para su casa, y después todo le dan al molinero... ¡Arroz! ¡Arroz! ¡Mierda pa' vos! Ya no traen queso, ya no traen leche, solo, arroz, arroz, pal molinero todo, ¡mierda para vos!

Cuando terminaba el paso de los agricultores, sonriendo algunos, y otros evadiendo la mirada, el anciano perdía su expresión amenazante. Así, hasta esperar que pase el siguiente. Su cara regordeta poblada de una barba blanca y sus ojos que



parecían brasas, fueron motivo de mis pesadillas de niño. ¿Cuáles eran las razones del resentimiento de don Arístides con los chacareros de mi pueblo? No lo sabía.

Más tarde vi el abandono que él sufrió el día de su muerte. Ninguno de los poderosos del pueblo fueron a acompañarlo, a pesar de haber sido uno de los antiguos hacendados; solo llegaron los agricultores, a los cuales todos los días gritó. Ningún molinero estuvo con él.

Cuando crecí, rebotaba en mi cabeza el no querer ser agricultor y quería irme lejos. El día que me tocó dejar el pueblo, apuré el paso con mi equipaje; en el fondo no quería escuchar las palabras de don Arístides.

Ahora, después de tantos años, miro el pueblo polvoriento y ya no hay don Arístides, solo los gritos internos de cada morador que mira la soledad de los parajes; la prosperidad solo se ve en los supermercados, que te ofrecen la vida y la salud. Todo está en sus manos y en nuestros bolsillos.

Las calles me parecen más pequeñas y estrechas. La casa de don Arístides se ha convertido en un hotelito para parejas furtivas. Paso delante de él y no puedo evitar una sonrisa, al imaginar a don Arístides atendiendo como cuartelero.

Esta mañana me ocupé de recoger recuerdos familiares y en saludar a viejas amistades. Al medio día me refugié en un supermercado, compro fruta, una bebida y salgo a buscar un lugar tranquilo. Encuentro un pequeño parque donde dos árboles tratan inútilmente de dar sombra, unas palmeras retozan asustadas, han detenido su crecimiento, y solo sus amarillentas hojas detienen su exterminio total. Era inútil: no había bancas ni sombra. No me quedó más remedio que sentarme en un poyo de cemento que luego me di cuenta tenía una desteñida placa: Parque de la Amistad.

Mientras busco como abrir la botella, escucho los gritos de una mujer que se asoma de un extremo del parque, y con sorpresa percibo que se dirige a mí:

—Arístides Burga de Canelo, ¡viejo loco!, fuera de aquí. Te has ensuciado los calzones, eres como perro callejero, ¡fuera, te he dicho!

Mi sorpresa es doble al escuchar el nombre del fantasma de mi niñez y al comprobar que la mujer intenta apedrearme. No me quedo a observar: recojo lo que puedo y salgo presuroso a refugiarme en el supermercado cercano.

—¡Maricón, Arístides Burga!, ahora te corres, claro, al supermercado, ¡viejo maricón!

Ahí se queda la mujer dando gritos y alaridos. Más tarde me comentan que se

trata de Josefa, una mujer con esquizofrenia que dicen es la hija ilegítima de don Arístides con su cuidadora.



**En la Oficina 30**

## **En la oficina 30**

—¡Servando Ramírez!

Están llamándolo. El hombre reacciona, deja de lado sus pensamientos que se repiten, se coloca las gafas por si acaso... aunque sabe que todavía falta una serie de esperas. Animado se acerca a la ventanilla, sintiéndose ágil, sin querer ser uno de esos que demoran en caminar y en responder.

Sus setenta y siete años deben de pesar, sin embargo siente que sus piernas aún responden con vitalidad y de no ser por su cabellera escasa y su mirada cansada, debía parecer menor; por lo menos él así lo piensa. Ahí está Servando, se ha puesto el traje plomo que es el que le queda mejor, sus hombros calzan bien, como le dice su mujer Jacinta, aunque no logra descubrir por qué ahora le cuesta cerrar la pretina del pantalón; se siente más pequeño y más delgado. Se ha puesto su corbata granate, esa que le regaló su hijo, y aunque ha pasado de moda, así le gusta. Llega al mostrador donde le espera “la voz de la ventanilla”, que no tiene rostro, ni expresión.

—¿Ramírez, Servando?

—Presente —responde con entusiasmo.

—Hay un problema, sus huellas no coinciden con las del sistema.

Servando inclina su cabeza al agujero de la ventanilla.

—¿Qué dice?

No ha entendido nada, está aturdido, pide que le repitan la indicación... recibe la misma respuesta, rápida, sin entonación, como un reguero de palabras sin sentido.

La voz se da cuenta del desconcierto del anciano y le repite en un grito altanero, de quien habla a una persona sorda.

—¿Qué no tiene huellas! No aparecen en el sistema... debe ir usted a hablar con el responsable, el señor Godoy de la oficina treinta.

—¿Cómo dice? —Servando mira a todos lados como si pidiera auxilio—. ¿Qué dice?

Servando retrocede. La voz llama con evidente mal humor: ¡Julio Flores!

No sabe qué hacer, pierde el equilibrio; una joven lo sostiene, lo ayuda a tomar asiento. Levanta la mirada y le pregunta:

—¿Qué me dijo? Yo solo quería saber si ha salido el paguito que me ofrecieron  
—dice mirando a la joven.  
—Le dijo que no ha puesto su huella digital en el documento —responde una mujer mayor que se encuentra con la joven en la sala de espera.

Servando se llena de cólera y muy alterado responde:

—¡Yo le entregue el documento! y el joven puso mis huellas en el papel.

Se siente perturbado. Piensa en todas las cosas que hace, en cómo va pasando por la vida, sin importarle a nadie. Es la sensación constante de estar quedando en el rincón, de saber que la vida avanza y ya no lo toman en cuenta y se resiste, porque está ahí, vivo, sintiendo, luchando. Alguien dice, el viejo lo olvida todo. Pero no es verdad, el no olvida nada, el calla todo.

La joven y la mujer se alejan molestas frente a las quejas alteradas de Servando.

Se queda solo en la banca de madera.

Es la oficina de Pensión 65, programa implementado por el Estado que les da a las personas mayores de 65 años una suma de cien soles mensuales. Don Servando desde hace tres meses empezó sus trámites para poder ser beneficiario.

La corbata le agobia, duda en sacársela, eso no está bien visto, decide entonces esperar. Cuando la ventanilla está libre, se lanza a ella para pedir explicaciones.

La voz de la ventanilla responde con un tono más comprensivo o de lástima:

—Señor, tiene que hablar con el encargado, vaya a la oficina número treinta. Él le explicará lo que tiene que hacer.

—¿Adónde voy?

—A la oficina treinta.

La voz repite “oficina treinta”, como si todos tuviéramos la obligación de saber dónde se encuentra la oficina treinta. ¿Dónde está la veinte, la veinte y uno, la veinte y dos y... la treinta? Lo que para uno puede ser tan sencillo, para un anciano que pide permiso a cada uno de sus pasos, caminar en una dependencia es casi una tortura. Por eso en un momento determinado llama la atención: sale un vigilante que le indica que la oficina treinta está en el tercer piso. “Es lógico, ¿no?”, piensa el vigilante.

Le acompaña hasta la ubicación de las escaleras y lo invita a que suba los tres pisos.

Servando considera una victoria ganada llegar a la oficina aquella, pero el encargado no se encuentra: es hora del almuerzo. Solo le queda esperar. Piensa en el poco interés que tienen las personas. Agradece que, felizmente, no ha permitido que Jacinta, su mujer, le acompañe. Recuerda el empeñamiento de protegerlo, de cuidarlo, y él siempre que le dice: “No te preocupes que salga solo. Los dos estamos igual de viejos, pero yo camino más rápido”.

Sentirse más joven le da fuerza y hace que la espera sea más tranquila; de pronto ve movimientos en la oficina, aunque la puerta está cerrada; ve sombras de personas detrás de una mampara traslúcida, y eso lo tranquiliza. Al poco rato lo atienden:

—Pase usted, señor.

—Señor, la señora de la ventanilla me dijo que yo no había puesto la huella.

—¿Cuál es su nombre?

—Servando Ramírez.

La maquinaria de las oficinas públicas va intercambiando datos, números, papeles, registros en las computadoras, hasta que por fin, cual veredicto de un jurado le dicen:

—No es el problema del documento presentado, lo que sucede es que la huella dactilar que usted ha consignado en el registro de inscripción al programa, no coincide con los datos de la Oficina de Identidad Nacional.

El encargado se mueve detrás de su escritorio, resguardándose, sin soberbia, solo con una aparente consideración, pero con un aire de aburrimiento.

El anciano siente que su saliva ya se ha agotado; se pregunta si vale la pena todo lo que está haciendo.

—Señor encargado, con mis manos, con estas manos yo puse mis huellas en el documento, y me hicieron tinta y huella, tinta y huella... ¿qué puedo hacer?

—Lo entiendo, pero no sabemos qué ha pasado —responde el encargado sin mirarlo, busca papel y tampón.

—Si quiere le entrego otra huella —Servando muestra sus manos temblorosas.

—¡Tranquilo, don Servando!, a ver hagámoslo.

—Luego de tomar las huellas sobre un papel, el encargado mira las huellas,



comparándolas con la pantalla de su computadora, y luego levanta la mirada hacia el anciano.

—Efectivamente, no parecen sus huellas. A ver, volvamos a hacerlo.

Se repite la acción “tinta y huella”, como dice el anciano; luego, el encargado ayudándose con una lupa que ha sacado del cajón, mira con detenimiento: busca las marcas de las rugosidades de los dedos, que normalmente parecen ondas por juntarse o tomar distancia. Vuelve a mirar a don Servando, ahora con una expresión de pena:

—No tiene huellas, solo aparecen una manchas, es muy raro, estas son únicas decada persona, en su caso, es como si no fueran de una persona.

—¿Qué dice? ¿Ya no soy gente?! —Servando se pone de pie, molesto, con una energía nunca vista en él.

—¡No, doncito! Las huellas se utilizan para poder identificar a las personas y ha sido la muestra más segura, por eso figura en los registros de identidad. Y lo que aparece aquí es como las huellas de un animal.

—¡Por cien soles, usted cree que me puede insultar! No se da cuenta, no soy animal, su máquina no funciona, qué culpa tengo yo... no soy un animal.

Ya en la calle, las casas y las personas se vuelven etéreas, como si la materia se fuera desvaneciendo en ondas parecidas a las líneas y arrugas que van apareciendo en el cuerpo, conforme pasa el tiempo.

“Tengo que apurar mi paso... los he dejado en su oficina treinta, me vienen siguiendo, no me detengo porque son hienas, y avanzan rápido, nunca te miran, solo se escucha sus rugidos y su mirada es ladina... pero, ¿por qué mis pasos no avanzan?, mis piernas no responden, es la arena que se hunde, ¿porque hay arena? ¿la ciudad está volviéndose de arena?. Me apuro, ¡me persiguen! ¡Porque esta gente no me deja pasar, búfalos que no se mueven! ¡Tengo que correr! Las hienas han llamado a otras hienas, seguro que por ahí me esperan. ¿Porque nadie me ayuda? ¿Porque nadie sale? ¿No ven acaso que la hienas vienen detrás de mí...?”.

Esa noche corre un aire frío. En una casita pequeña de un barrio retirado del centro de la ciudad, solo se ve una luz amarillenta que ilumina la entrada de la casa. Una mujer pequeña y regordeta llama a la puerta:

—¡Doña Jacinta! ¿Doña Jacinta!

—¿Dígame, vecina?

—Llamó Santiago y pregunta ¿cómo está su papá?

Doña Jacinta abre la puerta y dice:

—Ya se durmió... le di el calmante que me dieron en el hospital, dígame eso por favor.

—Está bien, más tarde llamará.

Jacinta luce cansada en el umbral de la puerta. Es una mujer menuda, da la impresión de tener la figura de una niña.

—Lo encontraron calatito corriendo en una chacra —añade.

—¡Ay! Pobrecito, ha perdido la razón.

Don Servando Ramírez no solo perdió la razón, sino también sus huellas.

—¡Ay si serás, Rosho! ¿Para qué quieres un celular si en tu pueblo no hay señal?

—Mi primo ha traído uno bien bonito y me lo quiere vender.



# Los hombres no lloran

Los hombres *no lloran*

## **Los hombres no lloran**

Rafael tenía doce años. Su cuerpo no era robusto, sino más bien gordo. De pronto, escucha el timbre como si fuera una advertencia de lo que le espera en los veinte minutos de tortura y soledad siguientes. En el salón, como una reacción cotidiana, los cuarenta muchachos dejan cualquier pensamiento académico y ya no contienen las ganas de salir al patio entre risas, burlas, entusiasmo y una que otra bola de papel entre manos que se dispara sobre las cabezas de otros, con el propósito de llamar la atención, hacerse los importantes.

Es el recreo.

Dejan atrás el salón: son miradas fieras que han estado encerradas por años.

Rafa baja la cabeza y busca protegerse de algún manotazo, pero esta vez nadie quiere hacerse sentir. Todos los alumnos pasan por su lado sin tomarlo en cuenta, muchos menos hacerle una consideración. Él prefiere ser ignorado.

El patio central del colegio está dividido en dos campos deportivos. Los pabellones de las aulas se encuentran distribuidos alrededor. Son edificios clásicos, de concreto, impersonales, parecen más bien una vulgar fábrica, donde solo interesa la producción.

Rafael Puémape Vidal viene de un pueblito cercano, donde están los “chacareros”. Sus padres habían tomado la decisión de hacer que su hijo sea “un estudiado”. No tiene cuerpo para la chacra, será mejor darle educación, dijo su padre.

Y su madre, con la rigidez de la mujer campesina, miró a su hijo menor, con la pena de no saber si estaba bien o no. Apenas dijo:

—¡Ay!, este muchacho... ¿por qué no es como los demás?, ¿será por ser el “shulca”?

Rafael sacó sus únicos veinte centavos de su bolsillo y se acercó al kiosco. Una mujer madura enfundada en un vestido que resiste con furia las carnes de su cuerpo, le dijo:

—A ver, Rafael, ¿qué quieres?

—Un plátano —respondió—. De veinte...

Todos corren en el patio, alegres. Sin embargo, Rafael siente que el día es gris y que cada minuto que pasa le pesa como un bolsa de cemento; los zapatos le ajustan: “que te ajusten para que te duren”, es una consigna materna. Se detiene y aprovecha la sombra para sacárselos, mira sus medias rotas, percutidas de uso y calor. Pero, sin saber cómo, aparece la sombra y luego el empujón de Ricky, el “chancho colorado”,

que toma uno de sus zapatos y sale corriendo hacia el centro del patio:

—¡El zapato del cholo pezuñento! —grita a todo pulmón.

Los muchachos ya acostumbrados a sus bromas, ríen y alentados por el sudoroso y regordete muchacho, secundan la burla.

—¡Al techo!, ¡al techo, para matar gallinazos! —dicen en coro.

Ricky corre con el zapato como si fuera el trofeo de una guerra. Ahora lo ha colocado sobre un palo de escoba; Rafael se siente avergonzado; se queda sentado en la gradería de la cancha, mira sus medias rotas; no puede salir detrás del zapato.

—¿Por qué te dejas? ¡No seas cojudo! —le dice Manolito, divertido.

—No sé —dice Rafa y levanta los hombros, sin mirar a su compañero de asiento.

Manolo Plaza Mariño, “Manolito”, estudiante del cuarto año, admirado por sus aventuras, y por el apellido que lleva de “niño bien”, destaca por tener un cuerpo casi musculoso, muy bien parecido y delineado, además de ser un asiduo visitante de las playas norteñas, lo que le da un color bronceado. A diferencia del resto de jóvenes de familias acaudaladas de la zona, él es moreno, con una presencia única que capta la simpatía de las niñas y también de las no tan niñas. Deportista nato, no hay competencia en la que no se hable de él. Si se pararía al costado de Rafa, sería a todas luces su antípoda.

—¿Eres de segundo? —le pregunta a Rafael y sin esperar respuesta, le grita al colorado—. ¡Oye, chanco, deja el zapato, sino te saco la mierda!

—¡Manolito, va a defender a su cholo! —grita Ricky, y tira el zapato.

Es la primera vez que Rafael se siente protegido. Sin embargo, a Manolo Plaza le repugna su incapacidad de reacción.

—Soy Rafael Puémape de segundo —estira la mano Rafael con la intención de saludarlo.

—Hola, Rafael —responde Manolo. Esquiva el saludo y le da una palmada en el hombro—. Anda amigo... recoge tu zapato —le dice.

Al término del recreo, Rafael ve a Manolo cómo se arregla la corbata antes de entrar al salón, mientras el timbre de retorno al aula suena estrepitoso. Rafael lo mira

con admiración y simpatía. Se siente feliz porque le ha dicho, “amigo”.

\*\*\*\*\*

La camioneta oficial del procurador cruza como de costumbre a las siete de la mañana por las calles de Lima. El abogado inicia su jornada de trabajo a esta hora en que el tráfico aún está calmo, lo que le permite avanzar rápido para llegar a su oficina. La camioneta se detiene en una esquina ante la luz roja del semáforo. Una corriente de carros pasa a su frente. Ese momento es aprovechado por los canillitas que anuncian la noticia del día: “¡Captura del Ronco Galo! ¡Estaba en la casa de su amante!”.

Morales, el chofer de la camioneta, mira al procurador a través del espejo y queriendo distraerlo le dice:

—Hasta que por fin lo encontraron. ¿Cómo se ha dejado agarrar? Seguro le han tirado dedo. Quizás sea mejor enfrentarte a la justicia, ¿verdad, doctor? —el chofer busca la respuesta de su jefe.

El procurador no responde. Está enfrascado en la lectura de un documento, pero para no parecer descortés, levanta la mirada y responde con una sonrisa y un ¡ajá!, casi imperceptible. Morales, continúa con sus comentarios, hace el intento de prender la radio, pero el tráfico que otra vez se ha puesto en marcha le hace desistir.

—No sé, doctor, a veces pienso que si a mí me sucediera eso, mejor me entrego... por lo menos uno tiene que saber de la vida de sus hijos. Lo que estando prófugo... es como vivir con los huevos en la garganta... ¡perdón, doctor!, discúlpeme

—Morales pretende parecer arrepentido del comentario.

Por fin esta vez, el procurador que está enmarcado en un pulcro y cuidado terno que le hace parecer mayor a sus treinta y cinco años, mira a Morales y le responde por compromiso:

—No te preocupes, ¿tiene usted hijos?

—Sí, doctor, dos, solo de pensar que por alguna razón no los pueda ver...

—Me imagino, y el Ronco Galo ¿tiene hijos?

—Sí, los periódicos dicen que tiene una hijita, que la niña vive con sus abuelos.

Durante las últimas semanas, periódicos y emisoras se han encargado de crear una imagen del Ronco Galo. Está acusado de corrupción. Sin embargo, se conocía su vinculación con los movimientos políticos de izquierda y en una decisión insólita,



terminó apoyando al gobierno actual. “Por acuerdos políticos”, dice la prensa.

—Y tú, ¿qué crees?, ¿es culpable? o será verdad que lo han traicionado

—comenta el abogado.

—¡Seguro que hay algo que sabe!. De ser hombre de confianza, a ser ahora un narcotraficante, hay algo raro... ¿no cree?

\*\*\*\*\*

Es un fin de semana como otros, Rafael siente el calor de la casa de adobe de sus padres, da vueltas en la cama; sabe que todavía puede disfrutar de unos momentos más en la cama porque no existe el apuro de ir temprano al colegio; sabe que puede hacer lo que quiera, que no habrá obligación, ni la tensión que le dan las clases y los recreos.

Ángela, su madre, hace hasta lo imposible por provocar ruido con los platos, las ollas, los gritos al Bromo, el perro guardián de la casa, las quejas acostumbradas: ¡levántate, so carajo!. ¿Por qué siempre grita? ¿Qué necesidad tiene?, se pregunta Rafael. Piensa en su padre: él sale temprano, lleva las vacas a la parcela de alfalfa, es su jornada diaria, luego recorre los cultivos, no hay día en que no lo haga.

Don José, el padre, es silencioso y le gusta leer Última hora, diario que lee y relee hasta que llegue a sus manos otro ejemplar. Rafael piensa que lee para no olvidarse de hacerlo o tal vez para no tener que escuchar a su madre.

Rafael decide levantarse cuando escucha que los gritos están más cerca y que van teniendo otro color. Mejor levantarse y tomar el desayuno, luego ir a recoger mangos, que ya es época.

—¿Vas a tomar café? —le pregunta Ángela.

—Si mamá, un café negrito, ¿qué hay para el pan?

—Pan con pan... tu padre ha dicho que va a traer un pollo, y no hay ni huevos.

Así siente Rafael el cariño de su madre a pesar de su carácter. Le sirve, recoge las tazas de la mesa.

—Voy a la casa de los Plaza —entra diciendo José—. Me ha llamado don

Emiliano, quiere que arregle su jardín. Inmediatamente Rafael piensa en la posibilidad de ver a Manolito: es el nieto engreído del viejo Emiliano, y decide cambiar sus planes.

—Si quieres te acompaño, papá.

—¡Qué bueno, hijo!

Durante el trayecto a la casa de los Plaza, padre e hijo caminan apurados. El primero piensa en la posibilidad de tener el reconocimiento del viejo hacendado. El segundo, buscará encontrarse con su amigo Manolo. Solo se han cruzado saludos que van de una levantada de mano o toque de hombros, acompañados de un “¡hola!”, pero ahora podrá verlo en su casa. Imagina la posibilidad de conversar en la sala, o mejor aún, de conocer su habitación, de que le cuente sus gustos y sus aventuras. Él le contará que le gusta el fútbol, pero que mucho más le gusta escribir poemas, pero no le dirá que incluso a escrito un poema sobre su amistad.

La entrada de la casona tiene el jardín bastante descuidado. Luego, viene un portón de madera, antiguo y pesado. Don José debe de hacer un supremo esfuerzo para levantarlo con ambas manos y poder entrar, pero es interrumpido por dos perros de aspecto temible. Retrocede y solo le queda golpear el portón. ¡Don Emiliano nos llamó!, grita el padre con insistencia.

Superado este inconveniente, José recibe las indicaciones del trabajo que debe hacer en el jardín. Rafael trata torpemente de ayudar, aunque su atención está en el interior de la casa, que es una construcción de dos plantas, cuadrada y lineal, poco usual en el paisaje de la zona.

De pronto, Manolo sale a la carrera a abrir el portón. Ha llegado una camioneta y de ella bajan dos de sus compañeros del colegio y una chica rubia muy delgada, todos con pantalones cortos y zapatillas. Manolo luce igual, parecen listos para la práctica de un deporte.

Rafael espera a la sombra del árbol, mientras su padre en una pequeña escalera corta las ramas de un antiguo ficus. Mira de reojo a la comitiva, y espera que su amigo se acerque y le dé un cordial saludo. Sin embargo, nada de eso sucede: Rafael queda invisible ante un Manolo que ríe y festeja la llegada de sus amigos.

De regreso a casa padre e hijo van en silencio. Rafael se pregunta: ¿por qué fue ignorado por su amigo? El padre camina humillado ante los cinco soles que le alcanzó la cocinera de la casa. Ni un gracias, ni un “¡qué bien lo has hecho!”. Nada. El retorno silencioso refleja esa manera de ser “nadie”.

\*\*\*\*\*

Las acusaciones de los medios fueron creciendo, la opinión pública no entendía todas las reservas que habían alrededor del Ronco Galo, ¿cómo era posible? Primero

dirigente de izquierda, un día comprometido con la lucha armada y en la clandestinidad, luego en hombre de confianza del gobierno y ahora acusado de narcotráfico y lavado de dinero.

El procurador sabía que era un caso que tenía que ver en su despacho. No le gustaba la idea; se sentía comprometido. Había destacado por sus excelentes calificaciones, sus estudios y propuestas en materia de derecho penal, sus contribuciones a la academia, pero esto que se venía con el caso del Ronco Galo, era la vida, el ejercicio de su profesión.

—Doctor, no procede una procuraduría ad hoc; el caso está dentro de las competencias de su oficina —le dice María Salomón, una abogada mayor, conocida por su severidad y experiencia.

—Lo sé, doctora, pensaba que eso era mejor, dada la presión de los medios.

—¡Doctor, me sorprende! Lo veo un poco temeroso. Es su caso y tómelo como la demostración a todos los berrinches que hicieron para nombrarlo.

—No lo vea así, doctora. Hay algunas dudas, siento presión de parte del gobierno, todo es muy oscuro.

—Por supuesto que la hay, así como hay una intensión de parte del procesado.

—¿Por qué lo dice?

—¿No se da cuenta? Él mismo se entregó, se aseguró de que no lo mataran. Por eso llamó a los medios e hizo público su caso.

—¿Quiere decir que lo tenían amenazado?

—¡Así es, doctor! —María Salomón afirma con énfasis—. Estaba en el dilema que sí huía, debía hacerlo bien, porque si no, lo desaparecían. Capturarlo no estaba en los planes de nadie.

—¿De quién nadie?

—¡Doctor!, por favor, este es su caso, creo que tiene que abrir los ojos, solo le aconsejo que no confíe en nadie, y si puede dígame a su sombra que no lo siga.

La abogada recoge su cartera y saca un sobre manila debidamente cerrado.

—Aquí está la transcripción de una conversación que tuve hace un año con un informante del ministerio del Interior. Ahí podrá ver los pasos que se siguieron y lo que se espera que usted haga.

La carceleta del Poder Judicial no era precisamente una cárcel típica, sino más bien estaba instalada entre los pasadizos y las oficinas acondicionadas con pequeños

rectángulos de triplay que en vez de privacidad mostraban el hacinamiento de la administración pública. Las puertas y oficinas se abren al paso del procurador. Es evidente, se trata de un alto funcionario del gobierno.

Entra a una oficina preparada para la reunión con el procesado, sin embargo el ambiente no es el adecuado. El procurador no se siente en el papel del acusador frente al procesado, sino tiene la impresión de que va a ser una reunión entre dos personas que van a contar una verdad, que quizá nadie quiere escuchar.

El Ronco Galo ya estaba sentado frente a uno de los escritorios, de espaldas hacia la puerta. Lucía delgado, con la espalda caída y parecía que sus hombros querían juntarse. La cabellera grande y descuidada. Esa fue la primera impresión que tuvo el joven procurador. Percibió la diferencia entre su cuidado aspecto, su terno de marca que ahora se siente obligado a lucir y el desastre de hombre con el que iba a tener que hablar. Seguimos estando diferentes, pensó.

—Buenos días.

—Buenas, doctor.

—Soy el procurador de la República.

—Lo sé, procurador anticorrupción. ¿En qué puedo servirle, procurador?

—Soy el representante del Estado frente a los casos que a usted se le imputan, y necesito hacer un expediente para la apertura de su proceso.

—¿Y cuáles son esos cargos?

—Corrupción de funcionarios, tráfico de influencias, lavado de activos...

—¡Bueno!, mejor dicho, todos los posibles. ¿Cuándo tendré a mi abogado?

—Esta es una primera reunión para garantizar que los procesos se den en orden.

—¿Y está todo en orden, doctor procurador?

—Respóndame algunas preguntas — responde inseguro el procurador.

El procurador por fin se atreve a mirarlo, el Ronco Galo se mantiene firme. Por primera vez ve sus ojos, no hay furia en ellos, solo una severidad que le asusta. Busca defenderse de esa firmeza levantando la montura de sus anteojos, queriendo protegerse de aquella expresión que nunca perdió seguridad.

—¿Su nombre es Manolo Isaías Plaza Mariño, 39 años, sociólogo, natural de la localidad de Saña?

—Así es, amigo procurador.

La palabra “amigo” le suena como un disparo en el recuerdo. ¿Lo era en ese momento?

—¿Puedo pedir que me traigan un café? —solicita el Ronco con cortesía.

—Por supuesto.

Solo fue necesario ponerse de pie, para que apareciera desde la sombra de la habitación, un asistente que recibió la orden del procurador.

—Empezamos bien, quiero que realmente me vea como un amigo —dice el procurador, volviéndose a sentar.

—No se confunda, es solo un decir, usted no puede ser mi amigo, usted viene de parte del gobierno y ellos no son mis amigos.

—El procurador es el representante del Estado ante cualquier jurisdicción .No soy un juez, no soy un defensor.

—Entonces, ¿qué es usted?

—Me encargaré de hacer la denuncia, o de formalizar la denuncia, le repito soy representante del Estado.

—Dirá representante del gobierno.

—No, yo represento al Estado.

—Pero lo elige el gobierno.

El abogado percibe la hostilidad del hombre; trata de mantener la compostura que le da el cargo; se da cuenta que es una posición que tiene que asumir, por más que le resulte incómoda... reconoce que ha aprendido a defenderse, a ser el joven exitoso, a ser cínicamente inteligente, a levantar la voz frente a situaciones que le hacían perder la nueva imagen adquirida. “Doctor”, era la marca de su protección; el “Rafa” había quedado atrás, sin embargo veía a través de los ojos de Manolo, sus años de adolescente. Buscaba repetir en su pensamiento “doctor”, “doctor”, no “Rafa”.

Tampoco ya existía “Manolito”. Sin embargo, los ojos del inculpado le hacen temblar y, a la vez, le inspiran la seguridad del amigo, pero eso no puede ser, ese hombre es solo un procesado a quien tiene que acusar.

—¿Ya podemos terminar? —dice el Ronco y se pone de pie, retrocede y aleja la silla del escritorio como una forma de marcar distancia—. Ustedes ya tienen las respuestas y la acusación, ¿para qué perder más tiempo?

Frente a esa actitud, el abogado recoge su cuaderno, guarda el lapicero y se pone de pie con la intención de recuperar la autoridad que la siente perdida.

—¿Manolo, verdad? —le dice, sin poder resistir.

—¿Sí? —Manolo levanta la mirada y deja notar sus ojos cansados, producto de

muchas noches en vela.

—¿Me recuerda usted? — agrega el procurador con tono pausado y haciendo énfasis en la formalidad del trato.

—Claro que lo recuerdo, señor abogado, el “Rafa” — responde seco.

—Pensé que no.

—¿Por qué? Uno no olvida esos años, o ¿usted los olvidó?

—No, siempre los recuerdo.

—Lo imagino... no fueron fáciles, pero al fin buenos. Yo nunca había visto a un hombre llorar y usted me enseñó; luego me tocó hacerlo a mí, muchas veces. ¿Sabe, doctor? — el Ronco Galo hace una larga pausa, se apoya en los brazos del asiento —.

Con usted me di cuenta lo mucho que valía tener una familia.

—No lo entiendo...

—Usted tenía mucho más que cualquiera de los compañeros del colegio. Tenía una familia cuando regresaba a su casa, que lo defendía siempre...

—No lo había pensado.

—Usted era un llorón, pero igual me daban ganas de cuidarlo.

—Lo recuerdo.

Rafael Puémape había llegado a uno de los cargos más altos en el ejercicio de la abogacía, sin embargo las palabras de Manolo Plaza, un procesado por corrupción, le permitían dar un respiro a una herida que con el tiempo parecía olvidada, pero que ahora se daba cuenta seguía presente, aunque ese alivio es un sentimiento que él no se puede permitir por su cargo.

—Recuerdo el día que le cortaron el pelo, y lo embarraron, fue abusivo y humillante — dice el Ronco.

—Lo había olvidado, solo recuerdo como derribó a un compañero de un puñetazo.

—Sí, no recuerdo el nombre del compañero de aula, el abusivo, pero era gordo y me molestaba lo que te hacía — dice el Ronco y sonrío.

Rafael ha tomado asiento en una de las sillas detrás del procesado.

—Usted ha cambiado desde entonces, ahora es un procurador de la República.

Por un instante la tensión entre acusador y procesado ha desaparecido. Es evidente que hay un aire de complicidad, con pausas y silencios, entre ambos



hombres. Tal vez responde a la cantidad de imágenes que aparecen en los pensamientos de cada uno y que vuelan en el ambiente.

Rafael observa la espalda y la nuca fuerte, de quien no acostumbra bajar la cabeza. No entiende por qué nunca pudieron conversar. ¿Por qué nunca se buscaron?, ¿por qué nunca nació la amistad?, ¿por qué solo hubo admiración y pena?, ¿qué pasó?, ¿cómo llegó hasta aquí?

Son preguntas que no se hacen, que solo flotan en el ambiente. Veinte años son capaces de dejar huella, pero también de borrar y reconstruir los recuerdos, y volvemos a la única pregunta que importa: ¿Qué pasó?

—Creía en ideales, creía que podía cambiar el mundo, tener algo mío. Luego vi que también los ideales me dejaban de lado y que seguía en esa soledad; quise buscar el poder, logré tener poder, pero igual seguía presente la soledad — dice el Ronco.

Solo el silencio puede acompañar este momento. Ambos personajes quedan suspendidos cada quien con sus pensamientos. Rafael busca controlar la situación, se sobrecoge ante el tono sincero de Manolo.

—No me haga caso, doctor, solo son pensamientos baratos...

—¿Por qué lo dice?, no todo tiene que estar movido por la razón.

—Volvamos a “la razón de sus jefes”, ellos quieren hundirme.

—Usted ha llegado muy alto, todos admiraban al famoso Ronco Galo.

—Estuve en Galicia donde mi madre, y me gustó lo que vi.

—Imagino que los movimientos anarquistas de izquierda.

—¡No!, el movimiento obrero era la lucha de los explotados.

—¿Y cómo terminaste apoyando al gobierno actual?

—Eso es pura mierda, todo fue un engaño. Y le digo, abogado, que más le vale que se olvide de Manolo, el amigo, y que continúe la conversación... hay que preguntar a quienes les interesa que me hunda, no al hundido...

—Quería hacer las cosas más fáciles.

—Fáciles eran esos años, ahora los intereses están ocultos, en la porquería que no se ve. La próxima que nos entrevistemos, deberá estar mi abogado.

—¿Crees que exista una próxima, Manolito?

—Manolo Plaza, doctor.

—Las cosas no han cambiado tanto Manolo, yo tampoco sé dónde estoy,

también me siento solo.

—Olvide eso, doctor, volvamos a lo nuestro, no busco caer en recuerdos del pasado, lo vivido servido está, solo falta que lo podamos comer, ¿verdad?

—Para mí no fue fácil, y no lo es ahora.

\*\*\*\*\*

Esa noche José y Ángela han discutido. Luego se mantienen callados bajo la luz de una alcuza, los platos de la mesa están servidos y el tazón de sopa de Rafael se mantiene intacto. Ángela busca un plato limpio y lo tapa, sabiendo que terminará dando la sopa al perro. Su hijo no va a comer.

—¿Por qué se pone así? —pregunta la madre—. Lloro como si fuera un niño, los hombres no lloran.

—Tú lo has hecho así —responde José.

Sin embargo, sabe que no es responsabilidad de nadie; es el último de sus hijos y quizás por eso es más débil, enfermizo, llorón.

—¡No empieces! Tú lo viste como llegó del colegio, todo golpeado, embarrado... y no quiere decir qué le pasa.

—Quizás deba a ir al colegio, pero tú sabes cómo nos tratan —concluye José.

En el cuarto grande de la casa, ahora casi vacía, todos se han ido, solo queda la tarima de Rafael, puesta en un rincón, donde apenas entra un poco de luz por la ventana. En esa penumbra se ven los ojos del joven que llora: son gemidos roncós que él mismo trata de silenciar con suspiros entrecortados. Los hombres no lloran... pero no puede evitarlo, hay tantas cosas que no puede hacer un hombre, palabras que deben ser gritadas: no lloran... tampoco quieren a otro hombre; es un sentimiento nuevo, se piensa, se llora, se oculta.

\*\*\*\*\*

Las primeras noticias del día: “Esta mañana se hizo pública la renuncia del procurador anticorrupción, doctor Rafael Puémape, que ante el polémico caso de Manolo Plaza, alias “Ronco Galo”, prefirió presentar su renuncia dejando el proceso en suspenso”.

Es lo que dice la prensa. Su renuncia es por motivos personales, sin embargo se rumorea en los pasillos del Poder Judicial, que se debe a las presiones del gobierno, que daba como un hecho el encarcelamiento del inculpado. ¿Temor o incapacidad del procurador? Lo cierto es que el procurador ha renunciado y ahora se habla de la descomposición del gobierno. ¿Y qué se sabe del procurador Puémape? Nada. Todos los medios han tratado de ubicarlo, pero se dice que partió sin rumbo conocido.

Baja el volumen de la radio; el camino serpentea y la temperatura sigue disminuyendo; mira el indicador de la calefacción de su auto y sin temor a ser escuchado se pregunta:

— ¿Por qué nunca fui capaz de mirar mi realidad? ¿Acaso huir es más decente...?



# Ciudadana

Ciudadana

## **Ciudadana**

Hace frío y no traje una chompa. Otro día que llueve y seguro que nadie viene. Dejé el uniforme planchado, ojalá se le ocurra mirar sus medias en el cordel, mientras más crece, más inútil. Y cada día sus ojos son igualitos al cejotas, ¿cómo me mira el desgraciado? “Quiero comprarle a la vida, cinco centavitos de felicidad, quiero tenerte mi vida, pagando con sangre”, no bajes el volumen chino, Jaramillo es de los nuestros, “quiero comprarle a la vida...”.

Ya viene a fregar la calzón roto, seguro lo mismo. Las bancas están ocupadas.  
¿Por qué hay tanto movimiento de gente? ¡Qué suerte! Ya se quedó en la esquina.  
¿Con quién habla? ¿¡Qué!?! ¿Ese no es el cejotas? No puede ser, pensando en el burro, y el burro se asoma, ¿qué hace por aquí?; no, no es él. Yo pienso y veo, tengo una boquita de santa. ¿Santa? Ja, ja.

Ya llueve, si sigue así, se jodió la noche... no sé si guardé esos cincuenta soles en el jarrón o en el horno. Ay, no sé... mejor no pienso en eso... ¿pero de dónde sacó para cargar el celular? Lo voy a tirar a la basura, pero yo tengo la culpa, yo lo compré y ahora ya no te quejes pues.

¿Y esa luz?, solo falta que venga el patrullero. Camina, camina, apura el paso, el chifa está abierto, si se acercan me meto, que no venga el tombo abusivo. Parece que me busca.

Tengo que juntar, hay que pagar el colegio, no lo dejan entrar si no se tiene plata... estas fregada en todo, tengo que pagar.

—¡Papito!, ¿dónde vas? No te apures, ¿estás con penita?... si no quieres, vete por otro lado, pues, huevas... calzón roto regálame un rosca, ¿has traído café?

Eso me pasa por acelerada, si saliera más temprano, el microbús demora como mierda, para remate, son las once... y nada.

Cejotas anda escondido, corre, no te detengas, que te siguen. Espero que no salga como tú, y cada día cómo se te parece, ahora no lo puedes negar.

Ya deja de llover, esta lluvia parece “meaos” de gato, chispotea nomás. Ayer hubo un calor de miércoles y fue jueves.

—¡Oye, calzón!, no hay nada.

Mejor vete, ya estás vieja, pero es buena la calzón roto, nos trae café, y no es

mala. Solo es renegona.

Y esos zapatos que te has echado al diario... no te pregunto porque seguro son de los Estados Unidos. ¡Uy, sí!, de los “estates”... los has comprado en la cachina, son de segunda. De ahí los compro yo. Mejor ni hablo... tengo que sacar el pago del colegio.

Si soy tonta, por qué tuve que comprarle las zapatillas de marca, con eso hubiera alcanzado para el pago del colegio... ahí viene el cholo chueco, me salvé, aunque solo paga veinte soles, mejor que nada.

—Hola, cholito, ¿a dónde paseas?, bueno, aquí te espero.

“No le digas a nadie que no te quiero, niégalo y di que es odio...”, cómo me gusta ese bolero.

Siguiente vuelta, me dan ganas de regresar y de buscar los cincuenta soles, seguro que están ahí... por andar cambiando de lugar, ya ni me acuerdo dónde los guardé. Qué manía esa de esconder las cosas en el horno, nunca hago tortas... tengo que completar para el recibo.

Uy, cómo se pone esta plaza cuando llueve, resbala, por eso la tuerta viene en zapatillas, eso de andar con tacos cómo jode.

Si viene el patrullero tengo que correr con tacos y me rompo la crisma.

También tengo ganas de una sopita wantán, pero mejor junto para la mensualidad.

Me voy a mojar, el pelo mojado se pone horrible, como si no te lo hubieras lavado. Y ahora ¿quién llama?

Ay, es Julito, ya ve... tiene plata, está con el celular cargado. ¡Sí, hijo!, ya sé... mañana te doy... oye tus medias están en el cordel... ya, hijito.





# Oscu- dad

Oscuridad

## **Oscuridad**

El golpe en la rodilla me hace dar cuenta de la presencia de un banco que se ha cruzado en mi camino; darme cuenta que desconozco la ubicación de las cosas me molesta. Culpar a otro no funciona: ¿Quién lo dejó fuera de lugar?

Sigo tanteando para no tener otra sorpresa, pero el pitido de un juguete rompe el silencio y la oscuridad; es el patito amarillo de Sofí, algunas veces es su preferido, y otras lo hace a un lado, sobre todo cuando sus papás la llaman a comer, o sus hermanos le muestran un juego más interesante que estar con el abuelo comiendo pedazos de manzana hervida.

Hago el intento de recoger el juguete, pero finalmente con uno de los pies, lo empujo a un costado, para no volver a cruzarme con él. Llego hasta la pared de madera de la habitación y siento la tibia textura de su fibra. El recorrido de mis manos continúa, ¡qué bueno!, encontré el pilar de roble sólido, aquí está el interruptor de la luz.

—¡Carajo!, me han cortado la luz —grito.

No hay luz en todo el barrio norte. Escucho el silencio, la música estridente de la cantina de la esquina se ha callado. Todos se han quedado enmudecidos y pienso en lo jodido que deben estar los vecinos. Hay que buscar la vela o la linterna. Me doy cuenta que estamos en las mismas: jodidos ellos, jodido yo.

Tengo que encontrar el bendito nebulizador.

Con el dolor del golpe y el cansancio de las escaleras necesito respirar; empiezo a sentir un dolor que me golpea el pecho. ¡Que venga la luz para poder encontrarlo!, pero... ¿cómo miércoles se llama a la luz?, ¿se le grita?, ¿se le guiña el ojo?, ¿se espera que ella te vea y se apiade de tu necesidad?

Es más fácil encontrar la cama: es ancha, es lisa y ocupa gran espacio en el cuarto. Agradezco haberla tendido antes de salir. Llego hasta ella y me siento, no es necesariamente suave: algún día cambiaré el colchón, pero cómo cambiar este espacio, donde tantas cosas se dijeron y tantas cosas sucedieron. Esto es pura mierda de viejo, porque ya no recuerdo nada, total es solo una cama.

Me tranquilizo, mi cabeza cae miles de veces sobre la suavidad de la almohada, cae para no pensar, cae para olvidar el dolor de la rodilla, cae para esperar que amanezca, y que desaparezca la sensación de abandono.

Tiempo atrás, cada rincón de la habitación tenía un olor, un sabor y yo sabía dónde estaban las cosas, pero ahora todo se desdibuja. ¿Por qué todo se hace difuso?

¿No será que tengo que darle la razón al zángano ese que me dice todos los días que tengo que vender la casa, que eso es más fácil, que morirme en ella?

¡Ay!, tengo que cerrar bien los ojos, esta oscuridad me enferma, y no sé si al abrirlos sentiré que sigue ahí. Es mejor morirse de viejo en el cuartito prefabricado, hecho para el abuelo, o en la caridad del asilo.

Pero qué te importa. ¡Qué se venda la casa! Hace tiempo que ya no es tuya, si hace tiempo que dejaron de venir a verte...

—¡Viejo! ¿Estás bien?... dicen que a las doce vuelve la luz.

—¡Ya!... mañana habla con el notario para lo de la venta.

—Está bien, viejo... hasta mañana.

—Hasta mañana.

¿En qué momento dejé de ser papá y me convertí en un viejo? Quizá cuando ya no pude trabajar, cuando ya no pude caminar solo, cuando dejé de ver las señales de la calle...



La  
doncella  
de  
Lullailaco

La doncella de **Lullailaco**

## ***La doncella de Lullailaco***

Había terminado la reunión en Salta. La ciudad es hermosa y cordial. Tenía tres horas antes de que saliera el bus que me llevaría a Jujuy. Caminaba despreocupado mientras esperaba que pase el tiempo para poder ir al terminal.

De pronto, me encontré sentado frente a una casa que parecía ser de inicios de la República. Me llamó la atención su color rosa y su arquería neogótica. Me di cuenta que era el Museo de Arqueología de Alta Montaña. Si bien, no soy asiduo a los museos, porque en su mayoría muestran objetos sin vida, y a mí me gusta aquello que inspire vitalidad, entré porque estaba cansado de ir de un lugar a otro.

Saludé a una señora que sin levantar la mirada me alcanzó el ticket. De acuerdo al protocolo, dejé mi mochila, leí las instrucciones y seguí el recorrido. La primera impresión que tuve del museo me hizo respirar aliviado: no parecía tan grande, se veía acogedor, y tendría el tiempo suficiente para recorrerlo.

Miro todo y nada, voy de un salón a otro, en silencio, sin pensar. Recibo información y sigo el ritual silencioso, expectante; luego voy envolviéndome en un manto de sonidos, cantos en quechua y pantallas informativas. Me parece reconocer a

Los Jaivas tocando Alturas de Machupicchu, pero decido no quedarme a escuchar y continúo el recorrido.

Frente a mí, aparece la exposición Niños de Lullailaco y viene a mi memoria el comentario que escuché hace años, sobre la defensa al derecho del descanso eterno que tienen los seres humanos. Fue toda una polémica que salió en los medios. Hay peores conflictos, para ponerse en otro, pensé algo cansado y cínico.

Llegué al cuerpo dormido de uno de los niños encontrado en la cima del volcán.

Era el cuerpo reducido por el tiempo de La doncella, momia de una jovencita de más o menos trece años. De pronto, un estremecimiento me detuvo frente al cuerpecito expuesto en una vitrina especial. Estaba dormida. Es una jovencita, con una expresión de dulzura, que parece haber decidido proteger su cuerpo del frío y el cansancio, después de haber ascendido a la cumbre del volcán. Estoy frente a ella, con el deseo de no hacer ningún ruido y el temor de que se despierte.

Desaparece el museo y los tiempos, y solo trato de buscar su rostro dormido, y quiero saber, ¿qué estará pensando?. Empiezo a sentir el eco de sus palabras que trasciende la fría exposición de la vitrina:

—¿Te gustaría estar cerca de los dioses? —me pregunta.  
—A mí, no. ¿Y a ti? —respondo.  
—No lo sé, pero debo irme donde ellos —sus palabras suenan seguras.

Como si viajara dentro de una ráfaga de imágenes me voy a una jalca cuzqueña, cubierta de ichu, y con piedras que parece que han bailado danzas increíbles para luego convertirse en seres que albergan vida.

La doncella corre, recoge frutos de aguaymanto y tomatillo, bebe el agua del puquio, se siente libre, pero sabe que es una elegida.

—¿Y por qué a mí? —me pregunta—. Yo quiero jugar.  
—Diles que no quieres ir con los dioses.  
—¡Yo no puedo decir eso! —me responde con miedo—. Los elegidos no podemos decidir.

Sus palabras me confrontan, me estremecen, y pienso: Es verdad, por estar cerca de los dioses, ya no puedes decidir. La doncella me mira, y no sé si hay tristeza en sus ojos, solo la certeza de saber que hay un destino que tiene que cumplir. Tras sus pupilas puedo mirar el camino largo, sus huellas pequeñas, seguido por la de dos niños. Van a salvar a su pueblo de las sequías, se lo pedirán a los dioses en el Lullaillaco.

¿Cómo se siente una persona de saber que no podrá jugar? ¿Qué no podrá vivir? Solo caminar largos desiertos, que se resiste. Sin embargo, ahí va a un encuentro que no buscó. Me pregunto ¿cuánto duele este sacrificio? e imagino el fin del camino.

Entonces le digo a la doncella:

—¡Ahí está el volcán!, tiene una corona blanca.

Me pongo a su costado para marcar el paso y animarla en el ascenso, y la veo levantar su mirada hacia el volcán y decirle en voz baja:

—¿Por qué nos quieres Lullaillaco?, si yo quiero volver...  
Luego me mira y me dice:

—Ya no quiero estar cerca de los dioses. Solo quiero jugar. En la vitrina logro ver mi reflejo sobre el de ella. La doncella sigue durmiendo y yo solo quiero salir corriendo del museo... tengo miedo, pero ¿de qué? No lo sé, tal vez del poder de los dioses o de perder mi libertad.





# FERREÑAFE

Ferreñafe



## **Ferreñafe**

Ferreñafe es un pueblo de la costa norte del Perú. Tiene su origen en la cultura Moche, y hoy es conocido por su producción de arroz. Como todo valle costero, está flanqueado por ríos caprichosos que parecen hablar cuando deciden hacerse notar.

Son capaces de levantar ciudades.

Antes de conocer la historia que motivó este relato, no sabía el por qué del cartel que había a la entrada del pueblo: “Bienvenidos a la tierra de la doble fe”.

Trataba de encontrar una relación con las dos eses de su nombre. Y me preguntaba: ¿por qué no se ha llamado “Firruñaf”, nombre de una antigua ciudad moche, que significa: “En medio de dos caminos” en una lengua de los antiguos indios de Penachí.

La historia la escuché de don Antonio, el anciano del pueblo, una tarde en la orilla del río.

—¿Qué sería de nuestra vida sin el río? —inició su relato con un suspiro hondo—. No sé cuándo nos volvimos arroceros, y para serlo hay que tener suerte. Si el año es bueno, tendremos lluvia entre los meses de enero y marzo, y con eso podemos hacer los almácigos y el trasplante del arroz; pero luego, tiene que dejar de llover y hacer calor, condición para que el grano “llene” y la cosecha sea buena. De lo contrario... ¡ahí nos jodimos, hermano! —don Antonio lo dijo casi cantando, como buen nativo moche.

Luego se pone a mirar el río donde apenas corre un hilo de agua, y parece que piensa en su historia y continúa:

—Un año, cuando yo era niño, las lluvias comenzaron en diciembre, para las fiestas de la virgencita del Niño Jesús; todos preparábamos la chicha, matábamos el cabrito más “cebadito”, y vea usted los ollones de seco de cabrito que hacíamos.

Luego, por la tarde, sacábamos en procesión a la virgen, al compás de la banda de músicos, con sus tambores y platillos que hacían ¡tatachín, tatachín, chin chin!... Así iba la virgencita, toda apurada, bambolea y bambolea, como si la chicha y la comida se fueran a terminar. Apenas llegaron a las “cuatro tomas”, que es donde estamos ahora

—me señala la compuerta de metal que cruza el pequeño río y divide las aguas.

—¿Le cantaban a la virgen? —pregunto.

—¡Nada, joven! —continúa el anciano—. Apenas llegaron, dieron media vuelta y como quien los lleva el diablo, regresaron a poner a la virgen en su capilla.

Don Antonio junta sus manos, en actitud de rezo, suspira y continúa:

—Ese año los agricultores hicieron su almácigo y su trasplante. Tenían agua suficiente. Pero llegó julio y agosto, y la lluvia seguía, las casas estaban llenas de agua.

La gente no caminaba, sino iba flotando sobre las aguas, y si estabas apurado tenías que nadar. Yo me acuerdo que en las puertas poníamos una ruma de sacos de arena, para que el agua no entre. No salíamos a buscar comida, solo poníamos el balde en el agua de la calle y ahí metíamos las mojarras. El chinito del pueblo decía: “¡Mete la mano saca pecao!, ¡Mete la mano saca pecao!”

Don Antonio ríe contento, deja mostrar la ausencia de su dentadura.

—¿Qué son las mojarras? —le pregunto.

—Son pejes, que se crían en el lodo, no se comen, pero en esa necesidad tuvimos que hacerlo, aprendimos a comerlos.

—¿Y el arroz?

—El arroz se jodió —responde—. Con tanta agua sus granos crecieron vanos, vacíos. Mi padre no hablaba, todas las mañanas, miraba el cielo con pesar y salía de la casa sin mirarnos: eran tiempos muy malos, la lluvia no nos dejaba.

Un día regresó contento; el párroco había dicho a los agricultores que si sacaban al Niño Jesús de los brazos de la virgen, y se lo llevaban en procesión, las lluvias calmarían. La virgen nos va a dar todo lo que pidamos para que le devolvamos a su hijo.

—Mismo secuestro —comenté, molesto.

—No crea, joven, que todos lo aprobaron, mi abuela protestaba: “¡Cómo van a quitarle su niñito a la virgen!”, decía.

Pero los hombres fueron a la capilla y se llevaron al niño, esta vez sin músicos, ni tatachín, tatachín, chin, chin... lo llevaron a la orilla del río que venía como si fuera un tropel de búfalos negros. Las mujeres protestaban; luego se desató una torrencial lluvia con rayos y truenos, el río crecía y la lluvia no paraba, de pronto todo se volvió negro y la gente corrió a protegerse.

—¿Y el Niño? ¿Dónde quedó el Niño? —pregunté ansioso.

—Cuando despejó un poquito, fueron a ver al Niño, y ya no estaba. La corriente se lo había llevado —don Antonio se acerca a mi oído, y como quien dice un secreto, murmura—. Dicen que a partir de entonces, cuando los niños van a la orilla del río, la corriente se los lleva.

Los dos nos quedamos en silencio; el anciano elevó su mirada a lo más profundo de mis ojos, como queriendo infundirme temor y dijo:

—¡Ay, amigo! cuántas noches pasé sin poder dormir... clarito se me revelaba la mirada del Niño Jesús que se lo llevaba el río.

Enseguida muy ufano se levantó mi viejo amigo, para emprender el retorno a su casa. Antes de emprender la caminata y despedirse añadió:

—Por eso la gente no pierde la fe de que un día el Niño vuelva y que la virgen se reconcilie con su pueblo.

Al salir del pueblo, vuelvo a mirar el cartel de la entrada y me digo:

—Ojalá que no pierdan su fe, por suerte la tienen doble...



Mono  
blanco

**Mono Blanco**

## **Mono Blanco**

Las viviendas en el mundo indígena Shawi tienen una importancia relativa. Son un lugar para protegerse de la lluvia, para dormir, para preparar los alimentos. Sus habitantes viven en la chacra: en ella se cultiva, se pesca, se comparte, se educa, se festeja. Sin embargo, la casa es necesaria, y esto proviene del “mundo de Ukua”.

Para los Shawis, el mundo es como un panal de abejas: tiene varias capas que van agregando conforme pasa el tiempo. En el mundo de abajo habita un jefe poderoso llamado “Ukua”; nosotros estamos en otra capa, que es el mundo de hoy, de los hombres.

Este relato empieza una tarde que regresaba a mi comunidad. En el camino me cogió una torrencial lluvia, así que tuve que apurar el paso para llegar a la casa de don Agusho, que vive a media hora de mi destino. Después de ser acogido, me senté a compartir el masato y le pregunté al dueño de casa: ¿Cómo aprendieron a construir sus casas? Mientras esperábamos más masato me contó:

“Antiguamente no sabíamos hacer casa, por eso cuando llovía, las gentes buscaban donde protegerse, o donde dormir. Había un mono blanco que era conocido por ser travieso. En esas épocas le gustaba andar detrás de los hombres, se acercaba y esperaba que le den alimento, comía como la gente: yuca, plátano, carne asada, pero un día no hubo comida para el mono”.

Mientras me cuenta la historia el anciano toma su masato y me comparte su “tazonada” de masato, se acomoda en un tronco de pona que hace de banca y continúa con su narración:

“El mono conocía la puerta del mundo de Ukua. Un día que vio al hombre buscando donde protegerse, lo dejó y se fue saltando, diciendo Tiittititiiiiiii, tingo friiiiio, tingo friiiiio. Muy pronto aparecieron dos mujeres de vestidos largos con tapados en la cabeza, que eran las ayudantes de Ukua y al mirar al mono blanco que tiritaba de frío, les dio pena y le dijeron: “Vente, pasa adentro, acomódate al ladito de la candela, para que no te mate el frío”. Fue así como el mono entró a la casa de Ukua, y ni bien se acomodó, le pasó el frío y se puso a mirar el techo, los horcones, las vigas, todo miraba, tal y como miran los monos: de un lado y otro, con sus ojos grandes y redondos, todo guardando en su memoria.

Una de las mujeres se quedó sorprendida. “¡Uy!”, le dijo a la otra mujer, “este mono ha venido a fisgonear”. “Si pues”, respondió la otra, “le está gustando la casa, ¡mono bendito!, le está gustando mucho la casa. Hay que taparlo con una tinaja”.

Las mujeres tomaron una tinaja de masato vacía y lo taparon al monito para

que no siga mirando.

El mono se quedó a oscuras, entonces pensó: Ahora sí me fregaron, ya no puedo ver, pero lejos de quedar resignado, empezó a decir a viva voz: “¡Qué clarito estoy viendo! De aquí estoy mirando la casa, las vigas... una de cuatro metros, la otra viguilla de dos, el tijeral que sostiene la cumbrera es más grande”.

Las mujeres se sorprendieron y dijeron entre ellas: “Este mono sigue viendo clarito, hay que sacarlo y vamos a taparlo con canasta, con eso no va a poder ver”.

Una vez que el mono estuvo tapado con la canasta, pudo ver un poco más, debido al trenzado más fino. Pero siguió diciendo: “Veo un poquito menos, pero algo puedo ver, veo que se usa techo de yarina, o ¿no?, parece que es de shebón o quizás de Irapay”.

Las mujeres aún más confundidas dijeron: “Este mono parece que ve al revés, mejor le cambiamos de canasta”. Le pusieron una canasta ojona, de esas que se usan para traer la yuca, donde el trenzado es más llano y tejido de ojos grandes, de ahí su nombre.

“Ahora sí me han fregado ustedes, ahora sí me han fregado, no puedo ver ni vigas, ni soleras, ya me han fregado. Bien tapado estoy, hoy sí no veo nada”, empezó a chillar el mono, pero con la tranquilidad de ver todo a sus anchas. Así tomó nota en su memoria de los caibros, que son las varas donde se amarra las hojas con soguilla de tanshi, el tejido de los tijerales, y cómo se sostenía la cumbrera, todo iba memorizando. Cuando ya sabía cómo estaban colocadas las vigas, el mono dijo: “Por favor, sáquenme de acá que me muero de calor, bien sudado estoy... ya no puedo respirar, ya me muero”.

Las mujeres sacaron al mono y ¿qué hizo el mono? Se fue a buscar a la gente, y les dijo: “Ahora ya conozco la casa de Ukua, ya he estudiado cómo se coloca, cómo se arma, cómo se amarra, todo lo que se utiliza en la casa, ya conozco”.

Fue así como el mono blanco enseñó a la gente a construir sus casas.

Así me contó don Antonio que se hacían las casas, aunque en este mundo de los hombres cada vez nos estamos quedando sin árboles, sin madera, sin la hoja de palma... ¿será que todo empieza a ser diferente en este nuevo mundo, donde solo existen las calaminas, el cemento, los motores y los plásticos?. ¿Será que estamos entrando a un mundo diferente y que hay que agregar una nueva capa al panal de abejas?





# El Señor de Muruhuay

El Señor de Muruhuay



## ***El Señor de Muruhuay***

El hall de los Pasos Perdidos del Congreso de la República que, según el comentario de un amigo, es la denominación que se le da al pasadizo o entrada del Poder Legislativo, y que dentro del humor popular, lo conocen como el hall de los Pasos Pérfidos, o lugar donde se pierden las esperanzas.

En este lugar empieza mi historia. Esa tarde en el mencionado hall, se encontraron dos congresistas: Luz Tenorio, presidenta de la comisión de Cultura y

Educación quien apura el paso para llegar lo más temprano a su casa: quiere ir al cine con sus hijas. Detrás de ella, Anastasio Sulca, congresista por la región Junín. Ella, una limeñísima y glamorosa señora, por su arrogancia y porte. Él, un regordete provinciano, enfundado en un terno y corbata que con las justas soporta la prominente barriga, crecida en sus años de congresista.

Anastasio con un gritito sordo para no llamar la atención, le dice:

—¡Compañera Luz!, ¡compañera Luz!

—¿Colega Ambrosio?

—Anastasio Sulca, colega —corrige el congresista.

—Dígame usted, ¿alguna cosita?, estoy apurada tengo reunión en el Ministerio

—dice Luz sin detener el taconeo de pasos seguros y sonoros.

—Señora presidenta, solo quería recordarle... ya se termina la conformación de la comisión —su voz sonaba temblorosa, y evidenciaba el miedo a los exabruptos de la congresista—, y usted me ofreció que decretaría la fiesta de Nuestro Señor de Muruhuay, como de interés nacional y patrimonio cultural.

—¿Eso le dije, colega?

—¡Sí!, pero ya estamos terminando la legislatura... y como... no estamos reelegidos...

—A ver, rapidito, dígame ¿por qué es importante?, y ¿qué implicancia social y política tiene esa resolución?

—Congresista, el Señor de Muruhuay es muy milagroso, cura a los desahuciados, une a las familias separadas, multiplica los bienes, salva a las personas de una muerte segura. Él es capaz de reunir ante sus pies a más de un millón de personas.

—¡Bueno, bueno!, mañana me buscas temprano en mi despacho, y ahí veremos.

—Ya presidenta, yo le prometí a mi región que se reconocería al Señor de Muruhuay...  
—Anastasio se queda hablando solo en la puerta del congreso.

El Señor de Muruhuay es una imagen de Cristo crucificado grabada en una roca, desde comienzos del siglo XIX, en el poblado de Muruhuay, distrito de Acobamba, cuya fiesta se celebra a fines del mes de mayo.

Después de insistir, el congresista Sulca pudo lograr su propósito. Tenía un proyecto de ley preparado desde el año 2012. Cuando recibió la noticia dejó su despacho, llamó a uno de los periodistas que suelen esperar en el mencionado hall, se le acercó y le dijo:

—Amigo periodista, entrevísteme tengo una gran noticia.

El periodista del diario El Bocón muy desilusionado por la “novedad” del congresista, le entrevistó, sin antes decirle que era una pérdida de tiempo. “Estamos en época electoral”, le reclamó.

Como era de esperarse, la noticia llegó a la comunidad de Muruhuay, y el alcalde en una entrevista por una radio local declaró:

—Estimados muruhuayinos del distrito de Acobamba, quería informarles que gracias a mis gestiones, se ha logrado que la fiesta del Señor de Muruhuay sea reconocida como celebración de interés nacional... este es un logro para nuestro distrito, y sepamos que en coordinaciones con mi primo, el congresista Anastasio

Sulca, lo hemos conseguido. En los próximos días tendré que viajar a Lima; el congreso va hacerme entrega del reconocimiento, en un homenaje especial a nuestro Señor de Muruhuay.

El locutor de la radio aplaudió emocionado, pero para poder darle sustento a su entrevista le preguntó al alcalde:

—Señor alcalde, estamos emocionados por ese logro, pero dígame ¿cuál va a ser el beneficio para la población?, ¿van a darles el presupuesto para la carretera y con ello construirán el sistema de agua potable?

—Por supuesto —asegura el alcalde—. El Estado nos va a asistir en proyectos como agua y desagüe y la carretera, lo que permitirá recibir a los miles de fieles  
—explicó.

Días después en el Congreso de la República los dos primos: Anastasio, el

congresista, y Alex, el alcalde, reciben de manos de la secretaria de la comisión del congreso el dictamen número 26 que dice: “Declárese de interés nacional y de necesidad publica el reconocimiento de la festividad del Señor de Muruhuay que se realiza en el mes de mayo de cada año en el distrito de Acobamba. Se pide al

Municipio que adopten las medidas necesarias para la aplicación del dictamen”.

Las dos autoridades leen el esperado dictamen: es un documento de treinta páginas con abundantes membretes y sellos. Textualmente al finalizar se lee: “El presente dictamen no irroga gastos al erario nacional, pues su implementación está a cargo de las instituciones competentes”.

—Primo, ¿eso qué significa? —pregunta el alcalde.

—Que no van a soltar nada de plata —responde Anastasio—. Pero ya veremos, cómo conseguimos algún apoyo.


—Pero la población espera que les asignen un presupuesto, aunque sea para celebrar su fiesta al Señor.

—Primo, paso a paso, así son las cosas aquí. Ya por lo menos lo reconocen al patrón.

—¡No me joda, primo!, el Señor de Muruhuay ya es conocido, no necesita que lo reconozcan... lo que nos dicen aquí es prácticamente: “arréglense como puedan”.

Los hechos que se produjeron después son motivo de otra historia.

Solo les contaré que una vez que el alcalde regresó a Acobamba, se celebró una gran fiesta de bienvenida, pero al día siguiente vino el linchamiento de la población, tras enterarse que no había ningún presupuesto para la carretera ni para el agua potable. El alcalde solo se limitó a decir: “Somos un municipio autogestionado. ¡Solo nos cuida nuestro Señor!”.



**LOS HOMBRES  
NO LLORAN**  
Y OTROS CUENTOS  
*Jorge Vélez Quevedo*